

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1011unse_0

LAP

ESTUDIOS

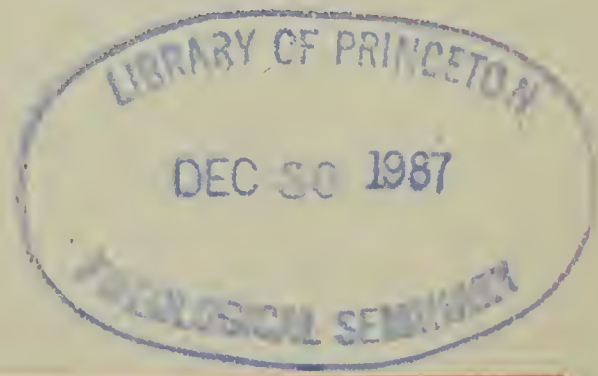
"A CONSUMAR LA INDEPENDENCIA"
(EDITORIAL). — SERGIO VERGARA VERGARA:
"FORJEMOS NUESTRO PORVENIR, ECONOMI-
CO". — LOS LIBROS.

"FIDELIDAD DE LOS CRISTIANOS A LA
PAZ" (NOTA). — PEDRO LIRA URQUIETA:
"EL PAPA QUIERE LA PAZ". — P. HUBERTUS
LOEWENSTEIN: "LOS CRISTIANOS EN EL
CORAZON DE LA GUERRA". — RAMON VAR-
GAS: "LOS CATOLICOS NORTE-AMERICANOS
Y SU VISUAL DE LA GUERRA".

DR. MANUEL FRANCISCO BECA: "ORIENTACIONES PARA UNA PSICOPEDAGOGIA". — DR. ARTURO DROGUETT: "EDUCACION, PUBERTAD Y GLANDULAS DE SECRECION INTERNA".

LUIS OYARZUN: "LA NIEVE". — EL PAISAJE DE LAS LETRAS.

114



[Nos. 112, 113 unavailable]

ESTUDIOS
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIME EYZAGUIRRE
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$ 55.—
” ” ” ” EXTRANJERO	Dólares 2.—
NUMERO SUELTO	\$ 5.—
” ATRASADO	5.60

ADMINISTRACION

HUERFANOS 972, OFICINA 501 — TELEFONO 67189

SANTIAGO DE CHILE

AÑO X — N.º 114

JULIO DE 1942

“EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67.

INDICE

PROBLEMAS NACIONALES

Pág.

- "A CONSUMAR LA INDEPENDENCIA" (Editorial) 4
- "FORJEMOS NUESTRO PORVENIR ECONOMICO", por Sergio Vergara Vergara 6
- LOS LIBROS: "El subconsumo de alimentos en América del Sur", por Emilio Llorens, pág. 18.

LA IGLESIA Y LA GUERRA

- "FIDELIDAD DE LOS CRISTIANOS A LA PAZ" (Nota) ... 20
- "EL PAPA QUIERE LA PAZ", por Pedro Lira Urquieta ... 23
- "LOS CRISTIANOS EN EL CORAZON DE LA GUERRA", por Hubertus von Loewenstein 27
- "LOS CATOLICOS NORTE-AMERICANOS Y SU VISUAL DE LA GUERRA", por Ramón Vargas 41

CIENCIA Y PEDAGOGIA

- "ORIENTACIONES PARA UNA PSICOPEDAGOGIA", por el Doctor Manuel Francisco Beca 54
- "EDUCACION, PUBERTAD Y GLANDULAS DE SECRECION INTERNA", por el Doctor Arturo Droguett ... 62

LETRAS Y ARTE

- "LA NIEVE", por Luis Oyarzún 68
- EL PAISAJE DE LAS LETRAS: "Las llaves del Reino", por A. J. Cronin, pág. 89. — "Antología", por Gabriela Mistral, pág. 71.

JULIO DE 1942

Puntos de educación, del P. Alberto Hurtado, S. I. (Splendor, 1942)	\$ 14.—
El problema del alma humana en la Edad Media por Fr. Bernardo Echeverría	27.—
Conversación y crítica filosófica, por Leonardo Castellani	36.—
Sólo así se arregla el mundo, por José A. Laburu	22.—
La esencia del catolicismo, por Karl Adam ..	22.60
Concepción católica de la política, por Julio Meinvielle	27.—
El estudio comparado de las religiones. Vol. I. Su Historia en el Mundo Occidental	215.40
La Samaritana, por Bernardo Cruz Adler	13.20
La beata Ana María Taigi. Madre de familia, por Alberto Bessieres, S. I.	37.—
¿Existen otros mundos habitados?, por Ignacio Puig	31.60
Materia y luz, por Luis de Broglie	35.—
El Rancho, por Julio T. Ramírez (Difusión . . .	16.—
Y aquí viven entre nosotros, por Elemer Miklos	15.—
Tutor, por Charles Foley (Difusión)	10.—
y muchas otras novedades. Pídalas en	

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

SANTIAGO: DELICIAS 1626 - Tel. 89145 - Casilla 3746.
VALPARAISO: INDEPENDENCIA 2042 - Tel. 7168.

Próximamente "ESTUDIOS" publicará:

"VAZQUEZ DE MELLA ENJUICIA A LOS PARTIDOS POLITICOS", por Osvaldo Lira

"BERKELEY Y EL PROBLEMA DE LOS UNIVERSALES", por Eduardo León

"LAS FILOSOFIAS DIVINA, HUMANA Y DIABOLICA", por H. Michel.

"ALGUNAS OBSERVACIONES METAFISICAS SOBRE LA MUERTE", por Clarence Finlayson.

"SAN JUAN DE LA CRUZ", por Justo Pérez de Urbel.

"LOS OBISPOS ALEMANES ANTE LA PERSECUCION RELIGIOSA" (Documento).

Problemas Nacionales

"A CONSUMAR LA INDEPENDENCIA" (Editorial).

Nuestra libertad política está condicionada por la independencia económica. Si ahora no logramos afianzarla, habremos perdido acaso para siempre lo que supieron ganarnos con su vida los fundadores de la nacionalidad.

"FORJEMOS NUESTRO PORVENIR ECONOMICO", por Sergio Vergara Vergara.

"La industrialización es la única posibilidad de independencia económica que le queda a Chile. Si no la conseguimos nos veremos obligados a vender nuestra soberanía a cambio del mantenimiento del standard de vida de que disfrutamos en la actualidad".

LOS LIBROS:

"El subconsumo de alimentos en América del Sur, por Emilio Llorens.

A CONSUMAR LA INDEPENDENCIA

No merece vivir el hombre que no ama ni defiende su vida. Y tampoco el pueblo que no valoriza su libertad es digno de subsistir. Porque la independencia, como la vida, es un don activo, algo que no se recibió para esconderlo en buena caja de alcanfor, o guardarlo tras vidrio que por proteger limita y oprime, sino para exhibirlo a cada paso en movimiento, para acrecentarlo, expandirlo y gustarlo en su misma esencia.

Nuestra patria cree ser libre. Y lo cree porque así lo proclaman sus libros de historia y parecen decirlo los monumentos de sus héroes. Pero lo que el áspero papel de los anaqueles y el bronce y la piedra de las estatuas, calla y ni de lejos insinúa, es que nuestra vida de patria libre es un poema sinfónico inconcluso, que de él sólo conocemos una obertura magnífica y estimulante, y que aún nos toca escuchar el "andante con brío".

Decimos que somos libres, pero los hechos, duros y fríos, están desmintiéndonos sin piedad. Las riquezas que conquistaron nuestros muertos para servir al pueblo de Chile, ya no nos pertenecen. Una traidora imprevisión las ha entregado en manos extrañas, curvando bruscamente en su vuelo nuestra línea histórica ascensional e hipotecando así gravemente la libertad del porvenir.

La hora del mundo ya es tiempo que nos haga recapacitar y entender que si no encaramos pronto y resueltamente el destino económico de nuestro pueblo, habremos sacrificado, y quizás para siempre, su real y efectiva independencia. Esta implacable guerra de imperialismos puede acabar, como ya lo advierten algunos observadores, en una transacción motivada por el recíproco agotamiento. Acaso cada continente pase a constituirse en mercado exclusivo de una potencia, y entonces ¿qué podremos ante el monopolio comercial riguroso y excluyente que se nos vendrá encima? Desaparecida ya la

competencia, que al menos permitía a nuestro país desenvolverse con cierta holgura en un margen benéfico de opción, habremos perdido irremisiblemente nuestra efectiva independencia y vuelto a los tiempos coloniales en que debíamos aceptar lo que se nos enviara de España en los términos y condiciones allá decretados. ¿Qué quedará de nuestra libertad política? Nada, puesto que tendrá que doblegarse para conseguir los recursos vitales de que carecemos.

Pero no está del todo perdida nuestra causa de nación libre y podemos reaccionar. Aun es tiempo de planificar nuestra economía, de dar impulso a nuestra industrialización y buscar acuerdos inteligentes con países amigos, como la República Argentina, cuyos intereses se complementan con los nuestros. Pero para ello es preciso mirar a fondo y sin tardanza nuestros problemas, no ambular con los ojos extraños al ámbito que nos circunda y sólo atentos a los sucesos de otras naciones. Bueno está que nos inquiete como hombres y cristianos la suerte de nuestros hermanos de Europa, pero mejor sería aún que nos desvelara el futuro de nuestros hijos. Porque lo que hoy se juega de manera irrevocable es la subsistencia de cinco millones de hombres que tienen derecho a la vida y han de mantener y acrecentar la dignidad de libres que la gloria de sus muertos les han conquistado.

J.



FORJEMOS NUESTRO PORVENIR ECONOMICO

La diferencia que existe entre el hombre que fracasa y el hombre que triunfa no consiste, a mi juicio, en que el primero sea necesariamente el que no trabaja, y el segundo sea siempre el buen feligrés de la parroquia del trabajo. Claro está que no se puede aspirar al triunfo si no hay esfuerzo; pero de nada sirve el esfuerzo, si se aplica de manera desordenada, que es lo mismo que decir, infringiendo dos reglas fundamentales para la aplicación de todo trabajo humano, a saber: 1.^a, la de que hay que trabajar en aquello para lo cual se tengan aptitudes; y 2.^a, que hay que aplicar las aptitudes en el momento en que ellas sirvan a los demás.

Si Dios negó a mi mano primero la facultad de reproducir objetos con fidelidad y luego la de hacerlo con sentido artístico, de nada servirá que me pase las veinticuatro horas del día dibujando: fracasaré del mismo modo que si hubiera sido el más sempiterno holgazán.

Si soy un eximio cantor, y gasto esfuerzo en demostrarlo en un funeral, en que las gentes están por el silencio y el recogimiento, lo único que puedo sacar con la aplicación extemporánea de mis aptitudes es una saludable paliza...

Lo que queda escrito es tan "perogrullesco" que resultaría digno de las páginas del "Readers Digest", en las que tanto filósofo norteamericano enseña a vivir cómodamente y a dormir bien, taylorizando la única actividad que hasta ahora nadie había pretendido taylorizar, esto es, el empleo del espíritu. Pero, a fuer de perogrullesco, lo consigno como encabezamiento de la materia que quiero abordar en estas líneas, porque cuando se habla de Economía en un país en que ésta es parienta pobre de la política, no queda más remedio que tomar el tema muy aguas arriba para que se le entienda a uno cabalmente.

Los países son como los hombres. Deben trabajar en aquello para lo cual tengan aptitudes, naturales o adquiridas, y aplicar estas aptitudes en el momento oportuno.

En los círculos interesados en especulaciones económicas, se discute hace tiempo en Chile, el problema de si debemos ser

un país fundamentalmente agrícola-minero o si, por el contrario, nuestro porvenir está en la industria manufacturera.

Al igual de lo que haría yo con un hijo mío en el momento de poder influir en la elección de su carrera, me parece que esta disyuntiva acerca del porvenir económico de Chile debe resolverse después de un examen de las aptitudes del país y de la posibilidad de aprovechar esas aptitudes en el momento actual. Veamos.

Para que un país pueda ser fundamentalmente agrícola, sin consideración a momento determinado de su existencia, necesita: buenas y abundantes tierras de cultivo; posibilidad de explotar rubros de exportación que le permitan financiar el todo o la mayor parte de sus importaciones de artículos manufacturados y un coeficiente bajo de "valor-trabajo" en el costo de producción.

A la inversa para que un país sea manufacturero, necesita: materias primas en abundancia, que es lo mismo que decir baratas, incluyendo en ellas la energía; capitales o, a lo menos, facilidades de financiamiento industrial; gran consumo real o potencial y por último, material humano inteligente.

Si determinado país reúne las condiciones necesarias para ser fundamentalmente agrícola, tendrá por cierto a su favor la seguridad de que la alimentación de su pueblo nunca estará en peligro y de que la colectividad gozará en lo moral, en lo social y en lo político, de los beneficios de un temperamento individual prudente, moderado y conservador; pero frente a estas ventajas adolecerá siempre de un estatismo en su potencialidad como nación que, a veces, le resultará desagradable ante vecinos poderosos y sufrirá al constatar que el standard de vida general de sus habitantes, salvo en los rubros alimenticios, es inferior al de los países industriales.

A la inversa, si un país tiene las condiciones necesarias para prosperar en la industria y se aprovecha de ellas, pronto adquirirá un potencial superior al de otras naciones que fueron más fuertes que él en el pasado; el standard de vida de su población resultará envidiable y su vida individual y colectiva será dinámica y plena de dramatismo. Si depende para su alimentación del extranjero, correrá en momentos determinados el riesgo del hambre. Sus altas y bajas económico-sociales, se presentarán con brusquedad.

No por los defectos que presenta una comunidad agrícola, parecería razonable que sus dirigentes pretendan orientarla forzosamente a la industrialización y vice-versa. Las naciones como los hombres tienen su carácter y su destino, y en aquellas como en éstos, existe una interdependencia entre lo somático y lo psicológico, de modo que así como lo segundo no puede estar al arbitrio de lo primero, es absurdo pensar en que por un "querer" psicológico, por un capricho del espíritu, vaya a doblarse a la naturaleza haciéndola seguir un cauce contrario a sus características: el inadaptable social, resultante trágico de esta inarmonía entre lo somático y lo psicológico, puede darse también en el terreno de las naciones.

Por consiguiente, nos parece lógico terciar en el debate sobre el destino económico de Chile, examinando sus posibilidades como nación agrícola o como nación manufacturera, de acuerdo con las características generales que, para unas y otras, hemos dejado enunciadas.

Chile, a no dudarlo, tiene una agricultura cualitativamente insuperable. Entre nosotros, los productos de la tierra son "ricos", como diremos dando a este adjetivo su acepción más simpática y cristiana, a la vez que más chilena. En los campos, lo que se da, se da bien: grandes porcentajes de rinde, lindo porte en los productos, sabor magnífico. Las frutas, las verduras, los cereales son verdaderamente buenos; las carnes y leches satisfactorias. Pero, no hay que ilusionarse con todo esto: en nuestra agricultura lo que sobra en calidad, más que falta en cantidad. Los grandes rubros agrícolas en Chile — pienso en el trigo y en la carne — son caros, y para comprobar este aserto, baste decir que su producción necesita que el Estado la proteja. Por otra parte, la tierra chilena ofrece artículos exportables, tales como el vino y las frutas; pero es utópico pensar que algún día podamos hacer gravitar sobre ellos todo el peso y la masa de nuestro comercio de exportación, como lo demostramos más adelante, y es el caso que una economía agrícola necesita más de la exportación que una economía industrial, porque ésta siempre queda más cerca de la autarquía que aquélla, desde el momento en que no se concibe un país sin campos, aun cuando se conciba perfectamente un país sin fábricas.

Por el contrario, Chile tiene ofertas tentadoras para lanzarse por el camino franco de su industrialización: abundan

en él las materias primas de la minería, el hierro, el cobre, los metales de aleación; los metaloides y sustancias químicas, cuenta con suficiente (queda a los ingenieros el decir, si con excesiva) base de energía, a saber, potencialidad hidro-eléctrica, carbón y con mucha probabilidad petróleo; su material humano ha dado pruebas, en la clase alta y media, de proporcionar buenos capitanes de industria y técnicos, y en su clase obrera, de ser venero de mano de obra inteligente y eficaz. Hay quienes tontamente denigran al obrero chileno, cargándole con exceso la mano en su punto flaco de la intemperancia y la impuntualidad: lo cierto es que el obrero chileno, que tiene al indio muy diluído en su sangre, que es despierto como buen latino, y energético como corresponde a la conformación geográfica y climatérica del ambiente en que vive, es de primer orden y resulta infinitamente superior al obrero latino-americano en general, a excepción tal vez del argentino, y superior también al término medio del obrero norteamericano, ya que un 30 % más o menos de la masa trabajadora de los EE. UU. es de color, y el 70 % restante de una inteligencia mucho más tardía que la de nuestro "roto".

La propia agricultura chilena, tiende naturalmente a la industrialización; piénsese en el vino; en el éxito de cultivos como el cáñamo y el lino; en la fruticultura misma, que no saldrá de su carácter de rubro subsidiario en la producción de nuestro suelo, mientras no se expendan la fruta en forma adecuada para servir grandes mercados consumidores, que es lo mismo que decir mercados permanentes y no de temporada, o sea, mientras no se la envase en conserva o se la diseque.

Con estos antecedentes a favor, parecería que en Chile no hay mucho que pensar respecto a cual es el cauce ancho de su futuro económico, y que todo indica que lo es la industria. Dos incógnitas encubren la claridad de esta conclusión: la primera está en el hecho de que un país industrial necesita grandes capitales; la segunda en que no cabe país industrial, sin industria pesada, y no se concibe la industria pesada sin un gran mercado consumidor.

Si las circunstancias económicas del mundo fueran normales, y la situación de los productos básicos de nuestra producción de materias primas agrícolas y mineras, tuviera halagadoras perspectivas para la post-guerra, podríamos dejar al tiempo, al estudio calmado, al crecimiento natural de nuestra

patria, el despeje de las dos incógnitas que quedan enunciadas en el párrafo anterior. Pero, por desgracia, la realidad es diferente.

El Senador don Maximiano Errázuriz, en una magnífica exposición hecha días atrás en el Senado, demostraba cuán negros son el porvenir del cobre y del salitre, productos ambos que han constituido y siguen constituyendo la sustentación principal de nuestro mercado nacional y una fuente importantísima de trabajo, que al cegarse, no podría ser reemplazada por la agricultura. Los razonamientos del señor Errázuriz, son lógicos y fundados, y meditándolos bien, se llega con el autor a la conclusión de que indudablemente en la post-guerra perderemos total o casi totalmente el mercado norteamericano en estos dos rubros de nuestra industria extractiva; y veremos muy disminuidas las probabilidades de exportarlos a Europa.

Después de esta guerra, vamos a tener que contentarnos con una disminución en el volumen de nuestra exportación de materias primas de la minería y, además, vamos a sufrir un cambio en los mercados de destino de dichas materias. Hasta ahora hemos exportado mucho cobre, mucho salitre y muchos minerales de hierro; primero a Europa, Japón y EE. UU., luego a este último país, únicamente. Terminado el conflicto, el volumen de estas exportaciones se reducirá, por el auge formidable de la técnica industrial que la necesidad bélica ha fomentado y cuya finalidad es precisamente la de desplazar de los procesos manufactureros las materias primas, en las que, determinada comunidad económica depende del exterior. Lo que le ocurrió al salitre natural en la guerra pasada es una experiencia dolorosa para nosotros; y la creciente sustitución del cobre por el aluminio, que con mucha claridad explica el Senador Errázuriz en el trabajo a que más arriba me refiero, debe ser un motivo poderoso de alerta. Por otra parte, el mundo de la post-guerra será seguramente dividido en zonas de influencia económica; en circuitos económicos más o menos cerrados, que comprenderán una gran potencia industrial como centro y una serie de países productores de materias primas en mayor o menor dependencia política, pero en calidad de colonias, desde el punto de vista económico, como satélites de aquélla. Nosotros, como productores de materias primas de uso industrial, quedaremos como integrantes del circuito americano, que lo formarán con toda probabilidad los países de Sud, Centro y Norte América.

En esta forma, nuestra independencia económica dependerá de modo principal, de que podamos exportar nuestros metales a los demás países de la América del Sur, ya que la exportación agrícola no podrá ser violentamente quintuplicada, como sería necesario para llenar el déficit ocasionado por la pérdida de los mercados norteamericano y europeo para los principales rubros de nuestra minería. Ahora bien, para poder exportar metales a los demás países de la América del Sur, tendremos que enviárselos manufacturados o semi manufacturados, porque careciendo ellos —como nosotros ahora— de industria pesada, de nada les sirve el mineral en bruto o simplemente beneficiado.

Creo, por lo tanto, que no sólo las aptitudes del país lo inclinan a buscar en la industrialización su destino económico, sino que las circunstancias lo obligan a ello de modo perentorio.

La industrialización es la única posibilidad de independencia económica que le queda a Chile. Si no la conseguimos, ocurrirá: ó que bajará nuestro standard de vida a un punto muy inferior al que tenemos actualmente, lo que envuelve una irreparable pérdida de potencialidad nacional, y con ella, por vía indirecta de independencia; ó que nos veremos obligados a vender a los Estados Unidos, o a cualquier otro imperio económico triunfante en este Hemisferio, nuestra soberanía, a cambio del mantenimiento del standard de vida, de que disfrutamos en la actualidad.

En la práctica, no cabe duda de que en el evento señalado, nos ocurriría lo segundo. Ya hay muchos que proclaman la necesidad de romper con el Eje, para tener bencina y repuestos de los Estados Unidos, por el simple temor de que éste no nos envíe estas mercaderías y a pesar de que en la situación actual de la balanza de pagos, somos sus acreedores y tenemos, por consiguiente con qué comprarle. Si así estamos de regalones en lo que se refiere al mantenimiento de nuestro standard de vida material, figúrese el lector lo que pasaría, si mañana, por falta de exportaciones el poder de compra de Chile en el extranjero desapareciera.

Algunas cifras aclararán las explicaciones anteriores. Las tomo de la Estadística Oficial del año 1940. En ese año exportamos un total de \$ 696.716,069 de seis peniques, de los cuales, \$ 656.812,237, o sea, más o menos el 95 %, pertenece a pro-

ductos de las industrias extractivas, o sea, agricultura y minería.

De esta última cifra, \$ 577.943,766 corresponde al valor de las exportaciones de minerales y algo menos de \$ 80.000,000 al de las exportaciones agrícolas, incluyendo maderas, productos de la caza y de la pesca, lanas, animales vivos y carnes.

Aun cuando tenemos que reconocer que de los \$ 577,943.766, valor de la exportación de minerales, una buena parte no llega a Chile, ya que el grueso de esta cifra la componen las exportaciones de cobre y de salitre, de las que sólo percibe el país los gastos de explotación, las utilidades de la Corporación de Ventas del Salitre y Yodo, el pago de sus obligaciones en Chile y los impuestos a la exportación del cobre, es obvio que una disminución importante en la cifra indicada colocaría al país en un déficit de divisas para atender a las importaciones que hace necesarias el actual standard de la vida en Chile, déficit que la agricultura no puede suplir, ya que es imposible aumentar violentamente los excedentes exportables que ella produce.

La mayoría de los economistas que han estudiado a fondo este orden de problemas, están acordes en que no se puede forzar el aumento de la producción agrícola y que este aumento, sea que venga de la explotación de nuevas tierras o de una racionalización avanzada en el trabajo de las ya explotadas, sólo sigue siempre una curva de lento ascenso.

No cabe, pues, otra solución dentro de los problemas que plantea una fría previsión de nuestro futuro económico que el de equipar nuestro país en forma de que pueda: 1.º, disminuir sus importaciones, produciendo aquellos artículos manufacturados para cuya confección dispone de las materias primas necesarias, y 2.º, abrir mercados nuevos a su minería, exportando sus productos como mercadería manufacturada o semi manufacturada.

No es necesaria honda investigación, ni acopio de estadísticas para comprender que nuestra minería del hierro y del cobre, encontrarían en Sud América, especialmente en la Argentina y en los países más avanzados económicamente en esta parte del Continente, nuevos y auspiciosos mercados, si en vez de ofrecerle minerales en bruto o simplemente beneficiados, fuéramos capaces de ofrecerles acero, fierro en barras y en alambres, hojalata, cobre y bronce en planchas y alambres,

etc., etc.... Por otra parte, si estos artículos que se ejecutan con materias primas que nosotros poseemos y exportamos y que sin embargo, hoy día tenemos que comprar en el extranjero, los produjéramos nosotros mismos, tendríamos una economía en nuestras importaciones superior a \$ 50.000,000 de 6 d., o sea, más o menos, \$ 300.000,000 de nuestra moneda. (1)

En consecuencia, el afrontar desde luego las dos incógnitas que más arriba decíamos que deben ser resueltas para lanzar al país en una vía de franca industrialización, constituye para nosotros una necesidad imprescindible. Indicábamos como tales incógnitas: 1.º, la necesidad de capitales de instalación, y 2.º, la posibilidad de contar con mercados que justifiquen y financien las gruesas inversiones que supone el establecimiento de la industria pesada en el país.

De estas dos incógnitas, la segunda es, sin lugar a dudas, la más grave y difícil. En efecto, existiendo materias primas y brazos y habiendo posibilidades de un mercado abundante para los productos, los capitales afluirán y serán encontrados, ya sea que se recurra al mercado externo de dinero, como lo sugieren los que no tienen aprehensiones en contra del capitalismo extranjero, ya sea por medio de combinaciones financieras internas, que con técnica y voluntad son posibles, como lo ha demostrado Alemania y como lo están demostrando Inglaterra y EE. UU. en el financiamiento de los gastos siderales de la actual guerra.

Recordemos, de paso, a este respecto, que para financiar la industria salitrera, mientras ella constituyó un buen negocio y aun en las puertas de su "debacle", en el año 1930, llegó a acumularse una capitalización verdaderamente fantástica. La Cosach, de triste memoria, fué una de las sociedades anónimas más grandes del mundo, y en todo caso, la más poderosa de Sud América, ya que tenía un capital de 375.000,000 de dólares, y recién fundada, se dijo en su alabanza que sólo la United States Steel Corp. la aventajaba en capital. Ahora bien, para nadie es un misterio que buena parte de estos capitales se amasaron dentro de Chile, y que los famosos capitalistas ingleses y norteamericanos, a los cuales hemos estado acostumbrados a darles la gloria del financiamiento de

(1) Véase al respecto Anuario del Comercio Exterior, año 1940, editado por la Dirección General de Estadística; págs. 84 a 118 (Secciones X a XII de Importaciones).

nuestra principal industrial, allegaron a ella más que dólares y libras esterlinas de buen metal, su astucia, su conocimiento de los grandes mercados financieros; su crédito bancario y su espíritu de especulación bursátil.

Como demostración de la verdad de estos asertos, conozca el lector de labios del biógrafo norteamericano de la familia Guggenheim, Mr. Harvey O'Conner, el que en su obra "The Guggenheims" (1), no escatima alabanzas para sus biografiados, las siguientes verdades: "Murry y Salomon (Guggenheim) se pudieron congratular de que en definitiva habían vendido el proceso "Guggenheim" para el tratamiento de caliches en 30.000,000 de dólares de acciones Cosach. Este proceso les había costado un poco más de 100,000 dólares. La Cosach asumió el tremendo endeudamiento de las Compañías Lautaro y Anglo Chilena, a cambio de un lote de 8.318,000 acciones y el hombre de los Guggenheim, Cappelen Smith, fué nombrado Presidente del gigantesco "trust".

No. Capitales para industrializar a Chile; dinero para financiar el establecimiento de las fábricas necesarias para la elaboración de nuestros minerales de hierro y de cobre, y de las demás riquezas de nuestra tierra no faltarán. Pero, a la verdad, sería hacerse ilusiones pensar en éxitos dentro de este terreno, si el mercado comprador para los nuevos productos hubiera de ser el de nuestros insignificantes 5.000,000 de habitantes.

Y es aquí donde se nos adentra en el tema que estamos abordando la segunda incógnita que ya hemos calificado como la más grave: el ensanchamiento de nuestro mercado consumidor.

Nuestro pensamiento se clava en los demás países de la América Latina. Allí están, no cabe duda, nuestros consumidores en potencia. No hay obstáculos ni reparos teóricos a la posibilidad de que la industria pesada de Chile llegara a colocar sus productos en América del Sur. Pero existe, en cambio, el escollo insalvable hasta el momento de la inercia de los pueblos de este gran trozo de la tierra, llamado a altos destinos, para lanzarse en el hecho y no en la verborrea de los discursos y en el papel de archivo de sus conferencias internacionales, a realizar la Unión económica continental. Es

(1) Edición 1937. Covici-Friede, New York.

urgente esta tarea y alguien tiene que emprenderla con seriedad. ¿Quién si no Chile?

En la edición de "El Mercurio" del Domingo 12 de Julio de este año, hemos encontrado un magnífico artículo de don Jorge Ugarte Vial que enfoca con claridad, inteligencia y erudición este punto. Dice el articulista: "Una política económica continental bien dirigida tendría para Sud América proyecciones grandiosas, en orden a su liberación económica y política. Además, aseguraría de una manera permanente la paz entre los países sud-americanos.

"Las grandes líneas de un intento de esta naturaleza, podrían ser las siguientes:

"a) Unión aduanera de todos los países sud-americanos:

"b) Establecimiento de la unión monetaria y de una cámara compensadora de mercaderías intersudamericanas, a fin de hacer el trueque multilateral de productos en su forma más perfeccionada, disminuyendo así las necesidades de divisas que esclavizan a todos los países;

"c) Establecimiento de nuevos organismos de crédito y coordinación de los ya existentes, con el objeto de financiar tanto la producción como el intercambio sudamericano;

"d) Planeamiento de la producción sudamericana, de acuerdo con las posibilidades del mercado y con las posibilidades reales de exportación a otros continentes en forma de que cada país trabaje de preferencia sólo en aquello que pueda producir a un menor costo económico, comparativamente con los demás. Una política de esta naturaleza podría contemplar los actuales intereses creados, de manera que no irrogara perjuicios, al mismo tiempo que impidiera en todo caso el crecimiento de falsas industrias ya establecidas;

"e) Establecimiento de una línea circular de vapores que dé la vuelta al Continente, a través de los estrechos de Panamá y de Magallanes; y creación de una marina mercante sudamericana para transportar las exportaciones a otros Continentes. La línea de navegación circular alrededor de Sud América podría organizarse, desde luego, con las actuales líneas de navegación existentes en los países sudamericanos;

"f) Planeamiento de una política común en materia de construcción de vías férreas y de carreteras con miras a fomentar el comercio intersudamericano, y

“g) Unificación legislativa, a fin de facilitar las relaciones comerciales”.

En las líneas anteriores encontramos todo un espléndido programa, concreto y realizable de inmediato, y cuya realización, todavía, no sólo es de vida o muerte para la futura independencia económica de Chile, sino para la de toda Sud América.

Lleguemos a conclusiones: la industrialización de Chile es más que conveniente, es necesaria y urgente. Existiendo como existe en el caso de nuestra Patria la posibilidad teórica de industrializar el país, su realización depende antes que nada de una firme voluntad y de un planeamiento adecuado.

No se necesita ser bolchevique para reconocer que los planes quinquenales produjeron en Rusia el efecto maravilloso de convertir en la tercera potencia industrial del mundo al país agrícola y feudal de los Zares; ni está prohibido a quien cree y ama la libertad abominando del naciismo como sistema político, el reconocer que el Plan de cuatro años del Tercer Reich, ha constituido un éxito de tan formidable magnitud, como para hacer girar en ciento ochenta grados a la Economía Política contemporánea.

Ahora bien, ¿qué fueron los planes quinquenales rusos y el Plan Cuadrienal alemán? Simplemente un estudio científico de las posibilidades económicas de ambos países, seguido de un conjunto de medidas prácticas de adopción gradual y sistemática, tendientes al equipamiento industrial de Rusia y Alemania.

Hoy más que nunca hay que decir las cosas bien claro: si nuestra incensada y defendida democracia nacional, no es capaz de confeccionar un Plan inteligente de industrialización del país, y de llevarlo a la práctica sin vacilaciones ni claudicaciones, hasta conseguir el objetivo previamente establecido, quiere decir que no sirve para nada como régimen político. Y ello por una razón elemental: porque es inservible un sistema incapaz de defenderse a sí mismo; porque es inútil mantener un régimen cuyo beneficio está en procurar y preservar la libertad, como es la democracia, si ese régimen adolece de la incapacidad de asegurar la independencia económica del país, que es una de las bases fundamentales de todas sus libertades. Si Chile no se industrializa para afrontar la post guerra, pierde su independencia económica; y en consecuencia, si nuestro actual régimen político no tiene la clarividencia, la energía, la audacia y la seriedad necesarias.

para concebir primero en su conjunto y en sus detalles y realizar luego implacablemente, un Plan de Industrialización, tanto en sus aspectos técnicos como en los financieros, económicos y políticos, sepultará, junto con nuestra real soberanía como nación, la vida misma de nuestra democracia.

El que estas líneas escribe, tiene fe en que esto no habrá de ocurrir. Tiene fe en que los hombres de Gobierno comprenderán la hora trascendente que vivimos, y sentirán sobre sí la responsabilidad gigantesca de tener entre sus manos la suerte de ciento treinta años de auténtica y real independencia. Tiene fe en que la politiquería dará un paso atrás para abrir el paso a la técnica y al espíritu de servicio nacional, comprendiendo la dramática solemnidad de esta hora.

La tarea es urgente y debe ser comenzada ya, porque será de largo aliento y es indispensable que quede completada apenas la paz surta sus efectos económicos.

—Nuestra Estadística es incompleta; hay que completarla y hacerla funcionar.

—No tenemos informaciones ni cifras concretas sobre la producción, ni las condiciones actuales y potenciales de los mercados vendedores y compradores que nos ofrecen las demás Repúblicas sud-americanas: hay que acopiar estos datos.

—El establecimiento de nuevas industrias supone, además de los estudios de costos, producción y mercados, el de su financiamiento: hay que encontrar este financiamiento.

—Las plantas de energía, fábricas y demás piezas del mecanismo de las industrias que sea necesario establecer, no se componen sólo de máquinas extranjeras, que hoy no podemos adquirir. La maquinaria constituye sólo una parte de su equipo y de su costo. Pero hay los terrenos, las construcciones, los preparativos y mil detalles que pueden y deben irse adelantando para ganar tiempo.

—Finalmente, todo el engranaje de nuestra diplomacia y de nuestro servicio consular sudamericanos, debe ser puesto en movimiento, para destruir la inercia suicida de estos países, y llevarlos, no ya a las declaraciones, sino a la acción destructora de barreras comerciales, que se hace indispensable.

Hay que matar la verborrea y reemplazarla por las obras. ¡No se trata de cualquier cosa! Es que hay un hecho claro y terrible de contundencia: es que la guerra de nuestra Independencia aun no ha terminado, y estamos a punto de perderla...

LOS LIBROS.

**“EL SUBCONSUMO DE ALIMENTOS EN AMERICA DEL SUR”,
por Emilio Llorens. — Ed. Sudamericana, Buenos Aires,
1942.**

Tal como el alimentarse es una necesidad primordial del individuo, así también el asegurar un correcto abastecimiento de la población es uno de los más urgentes, a la par que complejo, problema que debe preocupar a las economías nacionales e internacionales. El conflicto bélico actual ha agudizado estas dificultades aun en los países de América y obliga a las naciones del continente a buscar medios para abastecerse internamente compensando así las restricciones del comercio exterior.

El ingeniero Llorens ha querido contribuir al estudio de este problema analizando el consumo de alimentos en los países sudamericanos con miras a crear una atmósfera de mayor intercambio comercial entre ellos. Sus datos estadísticos muestran que las raciones medias de las poblaciones están aún muy por debajo de los standards recomendados por la ciencia de la alimentación y que cabe fácilmente una política de estímulo a los consumos, que entonaría las economías nacionales y crearía nuevas posibilidades de relaciones internacionales buscando una mejor distribución de la producción.

Como el mismo autor reconoce, la estadística americana es pobre e incompleta, lo que impide precisión a los datos. Así, sin culpa de su parte, coloca a Chile en situación quizá más desmedrada de la que en realidad tiene. Pero, al interpretar esas cifras deja a un lado el pesimismo de las críticas agrias para indicar caminos que tiendan a mejorar la situación actual. En este sentido resume las iniciativas, tanto europeas como americanas en orden a solucionar los problemas de la alimentación mostrándose especialmente entusiasta por el tipo de acción que se desarrolla en los EE. UU. Sus conclusiones, como que el autor va al fondo de los problemas, son naturalmente del orden de las recomendaciones generales y amplias y de aquellas que exigen cambios profundos en la mentalidad de la economía y en la actitud moral de individuos y gobiernos.

Aunque un poco eclético al juzgar las posiciones de orden meramente económico de las escuelas que miran el comercio con resabios de la preocupación capitalista por el simple intercambio o juego del dinero; aunque tiene relativa fe en las acciones de estructuración comercial tanto privadas como públicas, de su libro fluye la necesidad de una posición integralmente humana para considerar la solución de los problemas planteados.

La Iglesia y la guerra

"FIDELIDAD DE LOS CRISTIANOS A LA PAZ" (Nota).

Todos los cristianos han de aceptar con humildad, posponiendo sus miras contingentes, el llamado de paz de la Jerarquía.

"EL PAPA QUIERE LA PAZ", por Pedro Lira Urquieta, Profesor en las Universidades de Chile y Católica de Santiago.

"Desde su cátedra veinte veces secular, el Pontífice de Roma puede dictar lecciones de historia. Y hay que estar atentos a sus advertencias..."

"LOS CRISTIANOS EN EL CORAZON DE LA GUERRA", por el Príncipe Hubertus F. von Loewenstein.

Una información detenida sobre la posición de los católicos en los diversos países afectados por la guerra.

"LOS CATOLICOS NORTE-AMERICANOS Y SU VISUAL DE LA GUERRA", por Ramón Vargas.

Interesante balance de lo que piensa la prensa católica norteamericana en esta hora difícil para el mundo.

FIDELIDAD DE LOS CRISTIANOS A LA PAZ

Durante la guerra actual el Papa ha hablado ya muchas veces, afirmando la paz de Cristo e incitando a los cristianos para que trabajen en impedir que se incremente la guerra. Este deber de actuar según la paz ha sido señalado a los cristianos de todo el mundo, cualquiera que sea la realidad política o el estatuto jurídico de sus naciones frente al conflicto. El sentido apostólico de la Iglesia, su misión de decir la verdad de Cristo con libertad completa frente al mundo, implica que todos los que son de Cristo acepten hoy día con humildad el ponerse en disponibilidad para actuar católicamente, en unidad con la jerarquía y con el Papa, para proclamar la paz universal dejada por Cristo sobre la tierra.

Lo que Cristo y su Iglesia definen como el bien de la paz, no es igual a lo que los hombres puramente temporales denominan así. La paz en el sentido político-histórico imperante, no es sino un estado de equilibrio de fuerzas, un momento en el cual se realiza también en cierta forma el esfuerzo por la dominación. En cambio la paz cristiana, distinta de la paz del mundo (S. Juan, 14, 27) es una realidad espiritual, un bien divino que ha penetrado en la naturaleza carnal por la Encarnación del Verbo, y que tiene formas cambiantes, pero que necesariamente y en cualesquiera circunstancias deben los cristianos realizar, como todo el tesoro de los bienes entregados por Cristo a los suyos. La eficacia de la paz ofrecida por los cristianos, realizada en ellos, depende del estado de la caridad dentro de la Iglesia. De allí que los católicos tienen el deber de trabajar por la paz en el sentido definido positivamente por el Papa para la Iglesia universal: impidiendo el incremento de esta guerra. Es una misión que se señala a todos y que todos tienen que cumplir según las circunstancias: a los cató-

licos de los países beligerantes, no beligerantes o neutrales, pues que todos ellos participan en una unidad sobrenatural que contiene en sí la paz.

La guerra presente, más que cualquier otro acontecimiento anterior, empieza a producir una gran discriminación entre los que pertenecen totalmente al mundo, que no pueden separarse en absoluto del flujo temporal y que quedan prisioneros de él, y, por otra parte, los que, estando en el mundo, obedeciendo a las autoridades y trabajando con los datos contingentes, no se atan a éstos y permanecen espiritualmente libres. Con más solicitud y ansiedad que nunca, se nos pide hoy a los católicos el conservar esta libertad cristiana, para poder en todo momento actuar según la verdad y no abismar el testimonio de Cristo en la lucha por los intereses terrestres.

En esta guerra, la justicia y la injusticia están inextricablemente amasadas, y la profundidad de las ideas en lucha sobrepasa todas las categorías de juicio. El hombre no puede encerrar el misterio de lo que está sucediendo en opiniones más o menos parciales; por lo demás San Pablo aconseja a los cristianos que no deben juzgar lo que sucede fuera de la Iglesia. Los que así actúan quedan prisioneros de la dialéctica del mundo, comprometiéndose con uno u otro de los bandos en lucha: y lo más grave de este momento es que estos bandos no se conforman con buscar la adhesión política de los ciudadanos, sino que pretenden agotar en sí el espíritu, y atraer y encadenar al espíritu cristiano, suplantando la Redención de Cristo con la carne idealizada, magnificada, y confundiendo así a los cristianos.

Hay hombres cuya inteligencia no alcanza a discernir la justicia, y cuya voluntad orgullosa pretende, sin embargo, pronunciar un fallo divino y dar a su actitud la autoridad de este fallo. Y esto en el momento en que

se nos exige una profunda obediencia, hecha de fe y de humildad, una obediencia de todo corazón, que implicaría, a nuestro modo de ver, una renuncia a actuar según opiniones movedizas, circunstanciales, que nos encierran en la dialéctica de la lucha histórica y nos oscurecen totalmente la visión. Si hiciéramos ese acto de humildad, podríamos dar positividad a la paz de que nos habla el Papa: entonces podríamos ofrecer a los Gobiernos y a los poderes sociales la colaboración para emprender una seria política pacificadora.

Esta revista, que intenta representar en nuestro medio una mentalidad católica, reitera su llamado a los católicos. Aun es posible que no seamos confundidos, extraviados y reducidos a la servidumbre espiritual; es posible aún realizar, junto a la jerarquía y en unidad con Roma una acción de paz. Pero para ello es menester renunciar a imponer las opiniones particulares como dogmas, es necesario actuar en unidad y no en grupos, como hombres de fe y no como hombres de inteligencia carnal.

M.



EL PAPA QUIERE LA PAZ

Aprovechamos esta oportunidad para decir una vez más una palabra de paz y la pronunciamos con conciencia absoluta de nuestra imparcialidad para con todos los beligerantes y con idéntico amor para todos los pueblos, sin excepción alguna.

PIO XII

Mensaje del Jubileo Episcopal.

Queremos insistir, a ejemplo del Padre Santo, en pedirnos oración por la paz del mundo . . . El Santo Padre quiere que nuestra oración sea un clamor alto, persistente y universal. Y eso necesitamos hacerlo con tanta mayor solicitud cuanto que estamos amenazados de vernos envueltos en esa catástrofe mundial de odios y luchas, sin que nadie nos haya dado motivo suficiente para ello.

JOSE MARIA CARO

Arzobispo de Santiago de Chile
Pastoral de Cuaresma

Allí, en el Vaticano, está la única sede de paz. En estos días oscuros en que hasta las luces del cielo parecen yacer envueltas en el manto caliginoso de la tormenta, el Sucesor de Pedro no ha guardado silencio. Día a día nos viene diciendo en sus Encíclicas y en sus alocuciones, en sus plegarias y en sus discursos que la fuente del mal ha sido siempre el desorden del hombre y que desde ella manan las aguas ponzoñosas que ensangrientan a la humanidad. Las pasiones desatadas y el olvido de la soberanía de Dios enardecen hasta el paroxismo las voluntades y hacen sordos los oídos de los gobernantes a las voces de cordura y de justicia.

No se ha detenido el Pontífice en el análisis exclusivamente moral de la tragedia que contempla, atónito, el mundo. Con la alta imparcialidad de su rango y fija la vista en los valores eternos, se ha atrevido a formular las condiciones de

una paz duradera. Ya en la Navidad del año 1939 empezó por reconocer, valientemente, el derecho de cada nación a tener una vida propia, segura y libre, sin admitir la artificiosa clasificación de naciones privilegiadas y naciones sometidas. Habló, asimismo, del desarme material que habrá de llegar y que para ser eficaz ha de ir seguido del desarme moral, pues sin la purificación de los espíritus jamás habrá un orden internacional estable. No podía desconocer tampoco el germen permanente de disturbios que arranca de un desigual reparto de las riquezas y productos del universo y abogó, por eso, porque se hiciera un reparto equitativo. Ni podía ignorar la grandeza que envuelve la tentativa de crear una entidad supernacional que garantice la paz y pidió que esa idea no fuera abandonada, porque era útil, despojada de accidentales errores. Más adelante, en su Encíclica "Summi Pontificatus", precisó estas bases de convivencia internacional y adelantó otras. El pensamiento central que las informa es la vieja afirmación cristiana de la unidad del género humano, y el repudio, por ende, de la distinción entre razas elegidas y razas réprobas. Con altivez levanta su voz contra la omnipotencia del Estado que en lo interno procura desconocer derechos esenciales del hombre, de la familia y de la Iglesia, y que en las relaciones internacionales hace difícil la convivencia pacífica de los pueblos. En su Alocución de Navidad en 1940, volvió el Santo Padre a insistir en los aspectos morales del agudo problema de la paz. Tuvo, entonces, un consuelo para su corazón de Pastor de toda la Cristianidad: los jefes de las Iglesias Protestantes de Inglaterra prestaron su aprobación a esos sus puntos de vista.

En Mayo de este año, con ocasión de su jubileo episcopal, vuelve a hablarnos de la paz y nos urge a preparar su advenimiento. Sublime tenacidad la del Pontífice Augusto! Ni la indiferencia de los unos ni la violencia de los otros le detienen en su propósito. Se dirige siempre al mundo entero: no sólo a los fieles cuyas naciones viven aún en paz, sino a los que combaten en opuestos campos, instándoles a perseverar en la obra de la santificación, pidiéndoles que levanten su mirada de la tierra y mostrándoles como señuelo dorado la primavera religiosa que habrá de venir.

Al contemplarle, así, impávido entre las ruinas, sereno entre los gritos del odio, vienen a mi memoria, sin quererlo,

las palabras con que el maestro de Salamanca nos describe al hombre de paz que se apoya en Dios. Ni el bien le azoza —dice— ni el mal le amedrenta, ni la alegría le engríe, ni el temor le encoge, ni las promesas le llevan, ni las amenazas le desquician. El que tiene a Cristo, diremos con el clásico, en las mudanzas está quedo y entre los espantos seguro, y cuando todo a la redonda se arruine, él permanecerá más firme.

¡Qué lección tan formidable de fortaleza nos da el Pastor Supremo! ¡Cómo admiramos su serena actitud en medio del torbellino que le envuelve! ¡Cuán bien sabe resistir al endiosamiento de la fuerza y al artificio de la propaganda! Le aflige la guerra que asola al mundo y procura con ansias su término: convida a todos a laborar por la paz, pero no abandona en un punto el tesoro sagrado de la fe, entregado a su custodia. Ya le quemán grandes anhelos que le fuerzan a hablar. Ya nos envía palabras de salud y nos sonríe en medio de las lágrimas, porque siente que la unidad de la Iglesia permanece incólume y que nunca, como ahora, ha sido más constante y más lúcida la adhesión de los fieles a la Cátedra de Pedro.

Conviene detenernos en la consideración de estas verdades, para que se hinchen las velas de la esperanza.

Hay que desoír las lamentaciones enfermizas de los que agigantan los males y parecen complacerse en ello: son formas sutiles de tentación. Hay que huir, asimismo, de la inercia a que convidan los perezosos con el disfraz desalentador de la inutilidad. De sobra sabemos que las convulsiones que agitan al universo no han sido las primeras, ni serán, tal vez, las últimas. Sufriéndolas, los santos y los fieles de todos los tiempos prosiguieron imperturbables en su misión redentora. San Agustín escribió sus mejores páginas cuando se derrumbaba el Imperio que juzgaba eterno: sus ojos de carne alcanzaron a divisar las hordas de vándalos que asediaban Hipona. Mientras los señores feudales en guerra saqueaban y asolaban las llanuras de Flandes y las colinas de Renania, Ruysbroeck el Admirable y Kempis escuchaban temblorosos el aléteo invisible de la gracia. Grande era la desolación de la tierra y grande era el quebranto de la Iglesia, herida en su unidad, cuando Catalina, la flor de Siena, recorría los campos luminosos de Toscana, gimiendo por una paz que todos le negaban. La sangre que enrojecía a veces las aguas del

Arno, no impedía al Angélico pintar de rodillas sus alados frescos en los claustros venerables de San Marcos. ¿A qué seguir? Envueltos en las contingencias de lo terrestre, los cristianos han debido y debemos sufrir los males del siglo, pero sin desoír los llamados divinos.

Las enseñanzas de Roma nos fuerzan a ello. Al prestigio de su misión eterna hace unir Pío XII la inconfundible serenidad que flota en el aire de Roma. El, romano auténtico, conoce como nadie las vicisitudes de la historia: él ha contemplado el desfile de los siglos al descifrar las inscripciones de las ruinas que embellecen la Ciudad Eterna. Sus pies han recorrido la Vía Sacra, por cuyo pavimento de mar moldearon los carros de marfil y de oro: la Vía legendaria que así como conducía a la gloria en el Capitolio, conducía también al oprobio en la Cárcel Mamertina. Desde su cátedra veinte veces secular, el Pontífice de Roma puede dictar lecciones de historia. Y hay que estar atentos a sus advertencias; para no desperdiciar sus enseñanzas ni dejarnos llevar del pesimismo. Es ahora cuando después de exhortarnos a la oración y al sacrificio, acaba de pronunciar estas palabras misteriosas: "No sobrevendrán las cosas pavorosas que temen las mentes estrechas, sino el cumplimiento brillante de las esperanzas de las almas fieles y magnánimas".

¿Qué ha querido decirnos? ¿Presiente, tal vez, el retorno al regazo romano de los disidentes? ¿Ha divisado ya desde su atalaya el clarear de la alborada? No lo sabemos. Pero su confesión nos llena de júbilo.

Aceleremos, como podamos, el advenimiento de la paz. Despojémonos de las vestiduras viejas del egoísmo; cubrámosnos con el manto de la caridad. Que todo sea nuevo en nosotros, como quiere el himno litúrgico. Nova sint omnia. Que todo sea nuevo: los corazones, las voces y las obras.



LOS CRISTIANOS EN EL CORAZON DE LA GUERRA

El presente artículo publicado con el título "Revolución mundial cristiana" en la revista norteamericana "Atlantic Monthly", se debe a la pluma del Príncipe Hubertus Friedrich von Loewenstein Wertheim, antiguo miembro del Partido Católico de Centro, Doctor en derecho y colaborador de prestigiosas revistas alemanas. Desde 1933, el Príncipe de Loewenstein, reside en el extranjero, en vista de la incompatibilidad que existe entre sus ideas políticas y su credo de católico integral con el régimen nacional-socialista y la inspiración neo-pagana hoy dominantes en su patria.

Llama la atención en este estudio el hondo sentido de objetividad que el autor pone en cada una de sus afirmaciones y la nutrida documentación de que dispone para juzgar la posición de los católicos en el actual conflicto. Particularmente interesante son los datos que aduce para probar el fracaso de Hitler en su intento de transformar su ataque a Rusia en una cruzada contra el comunismo ateo, como también los que proporciona para dejar en claro que en la patria de Stalin está muy lejos de haberse modificado la situación antirreligiosa. Las conclusiones del autor, derivadas de valiosos antecedentes, no hacen sino confirmar lo que sostuvimos en nuestro editorial del número anterior: "Masacre santificada", al negar a uno y otro bando en guerra el derecho de proclamarse defensor de la civilización cristiana. (N. de la R.).

El orden político, intelectual y económico del futuro, será determinado por el resultado de la lucha entre la política agnóstica y las fuerzas vivas del Cristianismo que se disputan la preponderancia en todas las partes del mundo.

En este proceso de transformación revolucionaria y de revaloración de todas las entidades, la victoria será de aquellos que puedan retener la confianza de los pueblos y satisfacer su sed de justicia, paz y verdad. Con el despertar de las fuerzas religiosas y espirituales, que estamos presenciando en nuestros días, el triunfo decisivo debería corresponder

al Cristianismo, siempre que sus dirigentes hagan honor a la magnitud y grandiosidad de su obra.

Concebida como una institución divina, la Iglesia Católica se encuentra muy por encima de las vicisitudes de todos los tiempos, designando para sus hijos un Jefe infalible en todo lo que se relaciona con sus creencias y con su moral. En materias seculares, sin embargo, la aplicación práctica de los preceptos religiosos ha sido dejada al criterio individual; permitiendo amplia ocasión y libertad de acción para las opiniones más divergentes, aun para aquellas discusiones acaloradas y enemistades, como las que se produjeron durante la guerra civil en España, cuando los católicos del mundo entero parecían estar divididos en diversos campos hostiles.

Al analizar la política católica secular en mi artículo escrito en la revista "Atlantic Monthly", en el año 1938, se había ya extendido a las filas del catolicismo la confusión general creada por el Fascismo y que más tarde culminó con el desbarajuste internacional de Múnich.

El falso programa social del Nacismo y del Fascismo fué considerado, erróneamente, por muchos como un estado corporativo cristiano, el cual había reconocido el Papa Pío XI en su Encíclica "Quadragesimo Anno"; y muchos más aún fueron engañados por la posición adoptada por Hitler como defensor del Cristianismo contra el Bolchevismo. Los católicos de muchos países tenían la esperanza de que el Hitlerismo —aun cuando su naturaleza despótica y totalitaria había sido censurada por el Papa— pudiera ser persuadido por medio de una política de apaciguamiento de que abandonara su sistema de persecución religiosa y racial. Esta misma esperanza puede haber inducido a los obispos alemanes en Enero de 1937 a hacer un llamado a los creyentes para agruparse alrededor del "Führer" en su defensa contra el comunismo.

En 1938, los diarios católicos de Inglaterra exigían que Checoeslovaquia, considerada como un baluarte del Bolchevismo, debería ser entregada a los naxis para "mantener la paz". La oposición a Hitler y Mussolini en territorio español fué también denunciada como ayuda al comunismo.

Desde el momento en que el desenfreno fascista sumió al mundo en la guerra y hasta hoy día se ha podido apreciar un cambio muy profundo. Al repudiar el catolicismo el totalitarismo de las derechas —Nacismo y Fascismo— este repu-

dio se ha generalizado casi tanto como el rechazo inflexible del comunismo.

El Papa Pío XII, en la primera encíclica de su reinado, "Summi Pontificatus", de Octubre de 1939, hace una severa denuncia de los peligros que encierran el nacionalismo y totalitarismo con sus doctrinas de superioridad racial o nacional y su despiadada dominación sobre los sagrados derechos de la familia, del individuo y de la sociedad.

Cuando Hitler lanzó su ataque contra la Unión Soviética, parece que abrigó la esperanza de que la antipatía de los católicos hacia el totalitarismo de la izquierda, pudiera hacer olvidar la aversión hacia el totalitarismo de la derecha; y que aquellos católicos en el mundo entero que habían sido partidarios de Franco durante la guerra civil española, pudieran ahora transformarse en defensores de la "cruzada" antisoviética.

Sin embargo, cuando el Papa Pío XII habló al mundo el día 6 de Julio, quedó de manifiesto inmediatamente que todos los fascistas de corazón habían esperado en vano. No hubo en la alocución del Santo Padre aprobación directa ni indirecta de la "guerra santa" de Hitler y muy por el contrario, denunció la persecución de la Iglesia por las fuerzas del "paganismo negro" atribuidas a los nacistas.

Aquéllos que conocen la opinión del Santo Padre, "Pastor Angélicus", como se le llama en la antigua profecía de San Malaquías, no se vieron sorprendidos por la firme actitud que adoptó en esta ocasión. Cuando yo tuve el honor de ser recibido por el entonces Cardenal Secretario de Estado en 1935, durante una visita a Roma, quedé sumamente impresionado no solamente por su extraordinaria y santa personalidad, sino que asimismo por su conocimiento íntimo de los hombres y de las circunstancias.

Ya que la facultad de libertad de acción en asuntos de la iglesia le es permitida tanto a los grupos individuales como generales de los miembros que forman las jerarquías eclesiásticas nacionales, no habría sido imposible para los obispos alemanes e italianos adoptar una política opuesta a la de la Santa Sede, que está orientada preferentemente sobre bases universales y no regionales o nacionales. A pesar de ello, que yo sepa, sólo un alto prelado de los países del Eje; el Arzobispo Carlo Margotti de Gorizia, aprobó sin reservas.

el "nuevo orden" en una carta pastoral de Julio de 1941, recomendando rogativas para que Dios conceda al "nuevo orden" el triunfo en su cruzada contra la Rusia Soviética.

La Jerarquía Alemana, cuando publicó su carta pastoral colectiva poco después del comienzo de la campaña contra Rusia, no sólo se abstuvo de hacer referencia sobre la "guerra santa", sino que por el contrario, aseveró que "en Alemania estaba amenazada de muerte la existencia del Cristianismo". El Conde Clemens von Galen, obispo de Münster y uno de los miembros más destacados de la Jerarquía Alemana, censuró públicamente al nazismo aun en términos más severos. En un sermón que predicó en su diócesis atacando los virulentos insultos de la Gestapo contra los procedimientos judiciales, dijo que ésta —la Gestapo— conduciría a la nación y al pueblo alemanes a la ruina y la miseria con los atropellos y desmanes cometidos en contra de hombres y mujeres indefensas. En una carta-protesta dirigida al ministro nazi Dr. Lammers, llamó también a la Gestapo "el enemigo de la patria", asegurando que en el curso político del nazismo, de acuerdo con la experiencia histórica, llevaría a Alemania hacia su destrucción por "traición y podredumbre internas".

La persecución creciente del catolicismo alemán, que ahora alcanza a la mitad del total de los noventa y seis millones de habitantes que componen la Gran Alemania, es una prueba irrefutable de que su oposición al nazismo es general. Los sacerdotes son llamados al servicio militar, contraviniendo todos los preceptos de la Ley Canónica y las tradicionales costumbres alemanas, siendo los llamados tan numerosos, que es de temer se produzca una escasez muy grande de ellos. Han sido también suspendidas todas las publicaciones católicas que desde 1933 habían aumentado su circulación a siete millones de lectores; de las Universidades Católicas, en toda Alemania sólo quedan dos funcionando, la de Viena y la de Múnich; y, más aún, la supresión de veinte mil escuelas católicas secundarias ha privado a más de tres millones de escolares de su educación religiosa.

La fuerza moral y el valor con que los prelados católicos alemanes están resistiendo tamañas persecuciones y haciendo la guerra al despotismo, colocan a los pueblos cristianos a la vanguardia de la lucha por su liberación, lucha en

la que se encuentran fortalecidos con la firme alianza que existe hoy día entre católicos y protestantes. Los luteranos fijan sus miradas en los obispos católicos para que éstos los ayuden y aconsejen, mientras que los católicos elevan sus preces por el Pastor Niemóller, el mártir protestante prisionero en un campo de concentración.

II

No solamente en Alemania sino que también en todos los países ocupados por los nazistas, están sus pueblos sufriendo persecuciones que van en aumento de día en día. En la actualidad, el hitlerismo ha dejado de ser primordialmente un cebo contra los judíos y los rojos, como muchos lo creyeron por algún tiempo; siendo principalmente una campaña muy bien organizada para barrer el Cristianismo de la superficie de la tierra. Este hecho lo considero yo providencial por cuanto ha tenido la virtud de colocar al Cristianismo en todas partes como un factor preponderante en la revolución de los esclavizados y oprimidos que ya se aproxima. Está también ensanchando la brecha entre el partido nazi y el ejército alemán, el cual, ateniéndonos a muchas informaciones recientemente confirmadas por el Dr. Jan Masaryk, está observando con creciente alarma los crímenes de la Gestapo en los países ocupados. Hombres de la clase del Obispo Conde von Galen no estarían hoy día en libertad si no fuera por la influencia de ciertos jefes del ejército, los que, si decidieran algún día desalojar al régimen nazi del poder, bien pudieran tener la esperanza de que la aceptación general de que gozan los enemigos católicos y protestantes del totalitarismo les proporcione una sólida base y ayuda para procurarse un futuro gobierno "desnazificado". Según un relato del Cardenal Hlond, Primado de Polonia, los sacerdotes católicos son considerados por su valor, por su lealtad y devoción para con sus pueblos, aun por los protestantes y judíos, como sus dirigentes naturales. En Holanda, la Jerrarquía ha decretado que a nadie que pertenezca al partido Nacional Socialista o sus afiliados, o que se sepa que tiene alguna relación con ellos, le sean suministrados los sacramentos. El Cardenal Van Roey, Primado de Bélgica, ha excluido también a los Rexistas y ha hecho un llamado a su pueblo para redoblar su determinación de resistir la represión.

En Francia, el gobierno de Petain ha creado un conflicto de conciencia para los católicos. Desde el comienzo del siglo, cuando la Iglesia y el Estado se encontraban estrictamente separados y la educación pública era laica, la Iglesia y el Gobierno habían estado siempre de punta. Cuando el Mariscal Pétain, amigo del General Franco, llegó a ser el Jefe del Estado, hubo una posibilidad de que la Iglesia de Francia viera en él a un paladín de su causa; y muy en particular cuando el mismo Mariscal se encontraba empeñadísimo en conquistar para sí el valioso apoyo de todos los católicos. Aun cuando su régimen de gobierno era autoritario, renunció a la doctrina de agrupar a la juventud en una sola organización estatal, que en Alemania e Italia había puesto de punta a la Iglesia y al Estado. La educación pública volvería, pues, a ser religiosa una vez más y la actitud laica de la Tercera República hacia el matrimonio y la familia fué desechada.

Pero como la Iglesia Francesa se encuentra íntimamente ligada al pueblo, ella no ha querido hacerse parte de un régimen que en todos sus aspectos se ha ido inclinando más y más hacia el totalitarismo. Las sociedades católicas con cuyo concurso había contado Pétain, recibieron orden de la Jerarquía para que limitaran sus actividades solamente a fines religiosos, apostólicos y sociales, con exclusión absoluta de toda participación política partidista. Este acuerdo fué publicado en el "Osservatore Romano" el 13 de Agosto de 1941 y fué interpretado en Roma en el sentido de que la Jerarquía Francesa lisa y llanamente deseaba desligarse del actual régimen.

Individualmente, miembros que forman parte de esta Jerarquía, han ido aun más lejos. El Obispo de Montauban, públicamente calificó el nombramiento del Almirante Darlan como "una equivocación fatal para nuestro país". El Cardenal Gerlier, Arzobispo de Lyons y Primado de Francia, el Arzobispo Jules Saliege de Toulouse y el Obispo Delay de Marsella, para mencionar sólo unos pocos, aprovechan cada oportunidad que se les presenta para manifestar su adhesión a los principios fundamentales de la dignidad humana. Tanto fué así que cuando la Sinagoga de Marsella fué destrozada por una bomba lanzada por fascistas franceses, el Obispo hizo pública una carta dirigida al Gran Rabino de Marsella, en la

que describió el ultraje como “un atentado criminal contra el cual toda persona religiosa debiera alzar su voz y rogar por su pronto castigo”.

III

Aun cuando ni en Inglaterra ni, con ciertas excepciones, en América los católicos se hacen ilusiones respecto a la naturaleza de la guerra Naci-Soviética, existe, sin embargo, una aprensión ideológica bastante fuerte en contra de la alianza con Rusia; pero, a pesar de ello, ha sido aprobada en Inglaterra una política de cooperación práctica —por el Cardenal Hinsley, Arzobispo de Westminster— por medio de la declaración siguiente hecha a un miembro católico del Parlamento:

“Nuestra nación y nuestros aliados están combatiendo contra la próxima tentativa nacistá de subyugar a Europa. Nadie que sepa cuán anti-cristianas son las ideas y costumbres de los nacistas podrá, ni por un momento, ser engañado por la última actitud de Hitler al pretender ser el paladín de la civilización europea, o pensar que en modo alguno sea ahora menos fundamental la necesidad de oponer resistencia a su tentativa de esclavizar el Continente”.

En América, a raíz de la invasión de Rusia, prominentes miembros católicos del “Comité de la Lucha por la Libertad” publicaron un manifiesto a la prensa en favor de la ayuda a Rusia, dando como razón de que Hitler era el enemigo principal. Esto constituye un cambio de actitud digno de notarse en comparación con los días de la guerra civil española, especialmente tomando en consideración algunos de los signatarios.

Este Comité recibió el apoyo indirecto del Obispo de San Agustín, señor Joseph P. Henley, quien, poco antes de su consagración, había sido durante seis años un importante oficial de la Santa Sede en el Departamento de Estado del Vaticano. Señalando al naciismo como el peligro principal, el Obispo Henley apoyó de todo corazón la política exterior de la Administración, que ya en esa época había hecho público su programa de ayuda a Rusia. Al igual que muchos otros ca-

tólicos, el Magistrado de la Corte Suprema, Frank Murphy, sin ocultar nada de lo que separa al Catolicismo del Comunismo, adoptó la misma actitud de ayuda a Rusia.

Sin embargo, es conveniente dejar constancia de que estos personeros sólo representan a la minoría de la opinión católica. La mayoría del clero americano, la prensa católica, y probablemente también los católicos laicos, continúan oponiéndose a la colaboración con la Unión Soviética. La encuesta recientemente efectuada por el "Comité Católico Laico pro Paz", entre el clero católico a través de todo el país, demuestra que, por lo menos, entre el 38 % que contestó las preguntas, el 90 % no aprobaban la ayuda de los Estados Unidos a la Rusia Comunista.

En la controversia suscitada entre la opinión católica americana sobre este tema, el Vaticano se abstuvo de influenciarla en cualquier sentido. Pero "Civiltá Cattolica", órgano de los Padres Jesuítas, reiteró que la Santa Sede no consideraba la campaña rusa como cruzada de ninguna especie.

Se ha tenido frecuentemente la esperanza de que Rusia retorne al Cristianismo o que, por lo menos, ponga en práctica las disposiciones de su Constitución de 1936, que garantiza la libertad de religión y de culto. La reciente moción presentada por el Presidente Roosevelt para inducir al gobierno ruso para que establezca una libertad de religión efectiva, fué entusiastamente aprobada por los dirigentes de todas las sectas norteamericanas. Sin embargo, es muy lamentable que el Vice Comisario S. A. Lozovsky, en su calidad de representante oficial de su gobierno, se haya contentado con hacer referencia solamente al respectivo artículo de la Constitución Soviética, que hasta ahora no ha pasado de ser una teoría. El vivo desengaño que produjo esta declaración tanto en Washington como en el pueblo americano mismo, influyó sin lugar a dudas en el resultado de la encuesta católica de ayuda a Rusia.

La situación religiosa entre el pueblo ruso, sin embargo, es diferente de la actitud oficial del gobierno. Observadores competentes como el catedrático desterrado ruso Anatole V. Baikaloff, colaborador frecuente del London Catholic Herald o Helen Iswolsky, hija del Ministro de Relaciones Exteriores Zarista, afirman que en ninguna parte de Rusia se encuentran extinguidas las fuerzas religiosas y que el gobierno tiene per-

dida la batalla moral con la religión desde hace más de veinte y tres años.

La Iglesia Rusa, a pesar de toda la persecución de que ha sido objeto, se unió abiertamente con el pueblo en contra del agresor, cuando el país fué invadido. Mientras el Metropolitano Sergius, Patriarca de la Iglesia Ortodoxa, oficiaba Misa Solemne en la atestada catedral de Moscú, miles de fieles afuera llenaban la plaza en espera de la bendición. En todas las iglesias del territorio se ofrecieron rogativas, pidiendo la victoria en la defensa de la patria.

La reconquista de Rusia para Cristo será más factible si se impulsa más activamente y sin concesiones el programa social del Cristianismo. Si a los trabajadores y campesinos rusos se les enseñara la doctrina de justicia social y dignidad humana, no sería del todo fantástica la esperanza de poder levantar una vez más la bandera de Cristo en el territorio ruso.

La encuesta del "Comité Católico pro Paz" reveló también que el 91.5 % de las respuestas recibidas no propiciaba la participación de los Estados Unidos en una guerra afuera del hemisferio oeste. Esta política católica de no intervención ha sido interpretada algunas veces, ya sea como de tendencia hacia el Fascismo o como un efecto del sentimiento irlandés que no quiere a Hitler más, sino que a Inglaterra menos.

Yo he escudriñado cuidadosamente las publicaciones católicas más importantes en Estados Unidos y hablado con toda clase de sacerdotes católicos y de seglares, y he llegado a las mismas conclusiones que las del eminente y erudito profesor norteamericano, Theodore Maynard, que acaba de hacer un análisis muy minucioso de la situación. La actitud pro-Franco de muchos católicos americanos en la guerra civil española y publicaciones como "Justicia Social" del padre Coughlin, con su marcado tinte antisemítico, son las que han dejado la impresión de que el catolicismo norteamericano es pro fascista. Naturalmente que hay católicos fascistas, así como también hay protestantes y judíos fascistas. Pero la abrumadora mayoría de los católicos americanos ha reconocido claramente que el Catolicismo y el Fascismo son incompatibles, no obstante lo que algunos puedan haber pensado algunos años atrás sobre un posible "modus vivendi".

IV

La verdadera paz, por otro lado, es el programa revolucionario más fuerte. Es en verdad el único medio para derrocar al hitlerismo desde sus propias raíces, movilizándolo al pueblo alemán en contra de sus opresores. La paz genuina significa más que la cesación de las hostilidades. Debe ser un concepto concreto de una sociedad más libre, más dichosa, de la que, de acuerdo con los conocimientos humanos, debe quedar excluida la repetición de todo acto de despotismo. La visión de ella debe ser tan real, y la esperanza de su verificación tan poderosa, que ahogue el estruendo de los cañones hasta que el ansia de todos los esclavizados y oprimidos la transforme en una realidad. Los pueblos cristianos, tanto católicos como protestantes, saben muy bien que, mientras los políticos de todas las categorías están todavía divagando en el pasado o entregados a meras generalidades, es sólo de Cristo viviente de quien pueden esperar su liberación y un nuevo principio.

Cuando en la Nochebuena de 1939, el Papa Pío XII anunció su programa de cinco puntos, para concertar una paz de esta naturaleza, su autoridad moral fué aceptada unánimemente por los cristianos de todas las sectas; y es hoy en día el vínculo que une a alemanes y franceses, eslavos, italianos y anglo-sajones. En parte alguna tuvieron estos cinco puntos tan general y entusiasta aceptación como en Inglaterra. Asumiendo una actitud que no tiene precedentes en cuatro siglos, los Arzobispos Anglicanos de Canterbury y de York y el Moderador del Consejo Federal de la Iglesia Libre, unieron sus nombres al del Cardenal Hinsley, Primado de la Iglesia Católica de Inglaterra, para aprobar públicamente el programa de paz del Papa. Desde entonces, el General del Ejército de Salvación, representantes de la Iglesia Unitaria, y los Jefes de las Iglesias de Armenia, Checoeslovaquia, Holanda, Noruega, Suecia y Suiza se han asociado también a él en Inglaterra.

En síntesis, estos cinco puntos son: Primero: Asegurar a toda nación, grande o pequeña, sus derechos a la vida y a su independencia, con reparaciones en caso de infracción de estos derechos, no por la espada, sino que por las normas de la justicia y la equidad. Segundo: Liberación de todas las naciones de la esclavitud de los armamentos. Tercero: Evitar la repetición de los errores pasados, al crear o reconstruir ins-

tituciones internacionales, y establecer alguna institución jurídica para garantizar su fiel cumplimiento, o, en caso de reconocida necesidad, la revisión y corrección de las condiciones de la paz. Cuarto: Satisfacción de las verdaderas necesidades y legítimas peticiones de las naciones y sus poblaciones, aun donde sea necesario, por medio de una revisión equitativa y legalización de los tratados existentes. Quinto: Fomento de un sentido de responsabilidad en los pueblos y aquéllos que los gobiernan; cultivo de una hambre y sed por la justicia, y amoldar la conducta a la doctrina del amor fraternal universal, que es la esencia del ideal cristiano.

El Obispo Bell de Chichester, un alto dignatario de la Iglesia Anglicana, aportó una insinuación muy edificante para que este programa de paz pudiera llevarse a efecto de una manera práctica. En su libro, "El Cristianismo y el Orden Mundial", propone la creación de un Cuerpo Consultivo Cristiano permanente, con asiento en Roma o cualquier otro lugar que sea aceptable a la Santa Sede, presidido por el Papa o su representante; mientras que algunas de las grandes Iglesias del mundo —como, por ejemplo, la Ortodoxa, Luterana, Reformada y Anglicana— podrían enviar sus propios representantes debidamente acreditados.

En los Estados Unidos ha estado también el catolicismo sumamente activo, trabajando en la interpretación y las posibilidades de verificación práctica del programa del Papa Pío XII. Un informe sobre las prefensiones de paz de América publicado por siete comités de la Asociación Católica pro Paz Internacional, insistió en la necesidad de proyectar la paz con anticipación, por cuanto la victoria militar por sí sola no garantizaría una paz basada en la justicia y la caridad. En un apéndice a este informe, el Padre Jesuíta Wilfred Parsons, de la Universidad Católica de América, propuso una "Ley Fundamental Internacional" que fuera aceptable por todas las naciones. Esta Ley Fundamental debería incorporar, además de los cinco puntos del Papa, un código de libertades civiles; garantías de afianzamiento económico y político para cada persona en el mundo y de los derechos del trabajo —especialmente condiciones decentes de trabajo, un salario vital, horas razonables y la abolición del trabajo infantil y otras desigualdades económicas—, y el derecho de evitar la acumulación demasiado poderosa del capital dentro de las na-

ciones, como asimismo la ilimitada auto-regulación de las actividades económicas internacionales sin sujeción a ley alguna.

Esta mayor importancia dada al papel que desempeña el problema social para conseguir la prevalencia de la idea cristiana, es característica del rompimiento con las formas de concepto económico y social que han logrado sobrevivir. Jacques Maritain, el gran catedrático Tomista, escribe en el "Dublin Review", de Enero de 1941: "Las viejas ideologías de capitalismo y socialismo serán dejadas muy atrás". "No es suficiente con declarar el Comunismo fuera de la Ley para deshacerse de él: Nada se habrá conseguido mientras los hombres no hayan resuelto, y resuelto en concordancia con la dignidad humana y de la libertad, los problemas que ha creado el Comunismo".

El sistema económico del futuro, bosquejado en las encíclicas sociales de los Papas León XIII y Pío XI, pide el control de la industria ejercitado conjuntamente por patronos y obreros, bajo la superintendencia del Estado democrático, de acuerdo con las normas generales cristianas. A los trabajadores se les debería hacer participar en la administración y propiedad de la empresa, y el contrato del salario debería ser suplementado con una parte de las utilidades.

Veintiuno de los periódicos de más importancia de los Estados Unidos están dedicados hoy día parcial o totalmente a la reforma social, y el número de libros y folletos escritos por católicos es imponente. Las escuelas obreras son dirigidas por la Asociación de Gremios Obreros Católicos (un alto porcentaje de los miembros de las dos principales federaciones del trabajo, la C. I. O. y la A. F. of L., es católico activo), y varias diócesis han establecido escuelas de acción social para la instrucción de su clero.

En 1940 y 1941, como también en años anteriores, se dieron muchas conferencias católicas, sobre problemas sociales e industriales, a través de todo el país. Estas no se limitaron sólo a estudios teóricos. Los participantes —sacerdotes, catedráticos, seculares dirigentes de gremios obreros, comerciales e industriales— concentraron sus esfuerzos en buscar procedimientos prácticos, que sean aplicables tanto a las ramas generales como individuales de las industrias.

Sin embargo, toda esta labor positiva en bien de la paz, justicia social y una unión de las naciones para sobreponerse

a la guerra, el Fascismo y la explotación, quedaría en el aire si no fuera sostenida por un cambio profundo en la actitud moral y espiritual de todos los pueblos de la tierra, y muy en especial entre la juventud. Es en el alma del hombre donde ha empezado ya la revolución cristiana y corresponde a los estadistas y educadores conducirla a la victoria.

Los estudiantes norteamericanos, en un mundo donde todas las normas materiales se han vuelto inciertas, están ansiosos de encontrar méritos que no estén a la merced de crisis económicas y políticas. Estas crisis, me dijeron, pueden ser vencidas únicamente por una integración religiosa de nuestro pensamiento y nuestra existencia. Esta ha sido la experiencia que yo he recogido en todas y cada una de las treinta y cinco universidades y colegios, de los cuales sólo cuatro eran católicos, en las que yo he estado enseñando y dando conferencias desde 1935.

Existen ciertamente más que razones materiales para el hecho de que asuntos como inmortalidad individual, y como recompensa y castigo, deberían ser problemas de la más grande importancia para las generaciones jóvenes. En tiempos normales, a la juventud le parece que la muerte se encuentra muy lejos; pero ahora se encuentra en todas partes alrededor de ella. "Adónde están ellos ahora", me preguntó cierta vez un estudiante, señalándome los títulos de un periódico que decía de jóvenes aviadores ingleses y alemanes que habían sido derribados con sus aviones en llamas.

Muchos de los que hasta hace pocos años se hubieran interesado solamente por el atletismo o los diarios acontecimientos de la rutina colegial, se encuentran ahora haciéndose conjeturas sobre el objetivo final de la vida, y he podido observar las obras de Dante, "La Divina Comedia", y de Thomas á Kempis, "La Imitación de Cristo", en manos de muchos de ellos.

No hay "escapismo" o desprecio por las ciencias exactas en esta inclinación que se nota en la juventud hacia la filosofía cristiana. Están ellos redescubriendo, en nuestra era técnica y a su propia manera, lo que demostró Santo Tomás de Aquino hace setecientos años sobre la relación entre la filosofía y la teología: no sólo que ellas son compatibles, sino que se complementan una a otra.

La noticia de la conversión al Cristianismo de Henry Bergson, que antes era un agnóstico, y a quien muchos han aclamado como el más grande filósofo de nuestros tiempos, es probablemente el símbolo más perfecto de la tendencia espiritual de nuestros días. Georges Cattau, un amigo del difunto filósofo, y que a su vez es un convertido al Cristianismo, escribe: "El me confió que creía en la divinidad de Cristo; y aun más, que reconocía la virtud de los sacramentos". "El Cristianismo", Bergson había dicho, "transforma todo con lo que entra en contacto, por la sencilla razón de hacerlo cristiano".

Esto es, condensado en una frase de clásica sencillez, lo que muchos millones deben haber sentido sin poder expresarlo. El mundo del hombre moderno, fundado sobre motivos agnósticos, se encuentra tambaleante, y se ve surgir con poder irresistible una nueva realidad que transfigurará igualmente al humilde como al poderoso.

Hace algunos meses, al preguntar a un joven inglés, amigo mío, y que ahora está en un regimiento en Londres, lo que él pensaba respecto al futuro de nuestros países y si veía alguna esperanza en medio de la desesperación, esto fué lo que me contestó, citando un verso de M. B. Yeats:

"Sin duda alguna revelación está cercana;
Sin duda el Segundo Advenimiento se aproxima.
¡El Segundo Advenimiento! Apenas pronunciadas estas
(palabras
Una vasta imagen salida de Spiritus Mundi
Perturba mi vista"

Esto mismo pudo también haber sido escrito por muchos jóvenes norteamericanos y alemanes que he conocido en años recién pasados.

Si sus conocimientos de fuerzas más grandes que la muerte, la guerra y el odio, y más poderosa que los remedios puestos en práctica por la generación pasada, se convierten en el bien común de todos, no esperarán en vano aquéllos que a través de la oscuridad y la ruina de nuestra época, perciben la aproximación de una revolución mundial cristiana.

Ramón Vargas.

LOS CATOLICOS NORTE-AMERICANOS Y SU VISUAL DE LA GUERRA

En nuestro número próximo pasado, presentamos una selección comentada de opiniones y actitudes de los católicos ingleses y norteamericanos ante la guerra, sacando testimonios de algunas de las publicaciones más representativas y acreditadas de ambos países. Nueva documentación ha llegado a nuestras manos, y creemos nuestro deber transcribirla a los lectores. Este deber se acrecienta con la campaña sostenida con etiqueta católica en favor de uno u otro bando de los que luchan actualmente. Bueno está y lógico es, que las simpatías o diferencias se polaricen y que, según innumerables motivos humanos, las tendencias "sentimentales" o "instintivas" (y aun las razonadas, en algún caso) se inclinen a alguna de las partes combatientes. Lo que es intolerable, católicamente hablando, es que se quiera hacer de uno de los bandos en lucha el representante indiscutible de Dios en la tierra, el paladín de la justicia inmanente y aplicada, el que ha de dar al hombre y al mundo la verdadera clave de la cristiandad. Ni unos ni otros pueden darnos a los católicos la ruta del cristianismo realizado que sueñan (aprovechadamente) los partidarios de cada bandería. Lo irritante es ver que, en tanto que los católicos de los países afectados, los que sufren en carne propia, no admiten esta inscripción en uno de los "teams" en guerra, dicen valientemente por medio de sus revistas y periódicos lo que es necesario decir; otros, alejados, remotos, tranquilos, pero atemorizados por lo que se les avecina, cifren sus esperanzas "de cristianos" en el triunfo de una causa que tiene daños esenciales y que ha sido el motivo y razón de las extralimitaciones de la causa contraria.

A propósito de esto, es interesante lo que ha dicho recientemente Monseñor Fulton J. Sheen, de la Universidad Católica de América, Washington, D. C., en una alocución radiada. Para aquéllos que contemporizan servilmente, so pretexto de cultura y de civilización, o de intereses personales,

con las ideas destructoras de toda auténtica civilización, son estas palabras del sacerdote americano:

“La tolerancia, tal como el mundo la interpreta, brota de raíces venenosas, esto es, de la indiferencia y antagonismo contra la verdad y del empeño en postergar la religión para dar supremacía a la política. Tal proceder ha preparado una reacción terrible: la nueva intolerancia de los estados totalitarios”.

Uno de los aspectos más curiosos de esta tolerancia liberal (que no puede liberar a nadie, por mucho que se pretenda disfrazar de cultura su contenido) es la actitud ante Rusia, aliada de hoy, de aquéllos que ayer no más eran destructores acérrimos. A este propósito, otro profesor de la misma Universidad, el Padre Paul Haly Furfey, ha dicho:

“Si Rusia triunfara, ¿acaso saldría del caos una democracia triunfante? Ese es el sueño de algunos románticos. Pero se olvidan de un hecho. Un ejército ruso victorioso, de afuera hacia adentro, y una organización revolucionaria, de adentro hacia afuera, ejercerían una presión casi irresistible sobre cualquier gobierno. No es ninguna excusa decir que el Presidente (Roosevelt) otorga de muy mala voluntad su ayuda a Rusia. La cuestión está en lo que hace, y no en lo que pueda sentir... Por mi parte, yo prefiero creer que el Papa dijo exactamente lo que dijo cuando nos advirtió: “No se puede admitir que colaboren con el Comunismo, en ningún terreno, los que quieren salvar la civilización cristiana”.

Los que quieren justificar lo injustificable, tratan de basarse en argumentaciones logomáquicas y vagas distinciones conceptuales. Cierran un ojo y dejan el otro abierto, para ver por el lado que más conviene; aunque las artimañas del mundo político puedan engañarlos en algo, nada justifica esa posición que oculta, como el avestruz, la cabeza sobre la que ve voltear el peligro. Para ellos, seguramente, dice el número del 7 de Febrero de la revista norteamericana “América”:

“Si el comunismo puede persuadir ahora al mundo de que no es un lobo, sino un manso cordero, sus perspectivas de éxito en la propagación de sus doctrinas deletéreas de la civilización cristiana, por todo el mundo afligido, después de la guerra, se hacen sumamente favorables. Como observa Bárbara Ward en “The sword of the Spirit”: “si la cooperación rusa significa el desquiciamiento del Cristianismo y la exclusión de la Cristiandad de las conferencias de paz de la postguerra, entonces no es exageración afirmar que Europa está perdida” y debemos añadir nosotros: “los Estados Unidos juntamente con Europa”.

Otra revista norteamericana, de selecta calidad intelectual, "The Tablet", escribe acerca del mismo tema, desde un punto de vista semejante:

"El engaño, la traición, la agresión, la acción subversiva, han sido y son aún, por lo que vemos, mercancía corriente en la Rusia Soviética. Y sería insigne necesidad de nuestra parte el dar por hecho que los propugnadores de la Internacional Comunista no sean nuestros enemigos virtuales dentro de nuestras murallas. Todavía no le han salido alas de ángel a Stalin ni ha venido a coronar su frente una repentina aureola de libertad y democracia. A pesar del grave peligro que se cierne sobre Inglaterra y los Estados Unidos, es necesario desconfiar grandemente de las ideas como las que expone Sir Stafford Cripps en sus artículos sindicados, de que hay que desentenderse de las ideologías en bien de la cooperación en favor de una paz duradera. La victoria contra el enemigo exterior será fútil, si permitimos quedar expuestos a la amenaza del comunismo dentro de nuestras fronteras".

El "Social Justice Magazine", de Royal Oak, Michigan, dice, corroborando esta posición, en un artículo titulado: "Si Stalin triunfara":

"Mientras la nación norteamericana y el resto del mundo despreciaron al Comunismo y lo vieron como una especie de parásito adherido a la corporación social, este movimiento reclutaba sus secuaces de una manera espasmódica y sin lograr atraer a hombres de verdadero espíritu y valor. Pero si los rusos lograran detener el avance de la maquinaria guerrera más gigantesca que han visto los siglos modernos, el ejército rojo, ciertamente, se lanzaría a la conquista y la revolución mundiales. Mucha gente cree que el sovietismo es mucho más malo que el nazismo, y buena razón les asiste en este parecer, siendo cristianos. Ninguna nación ni unión de naciones podría detener a Stalin si llegase a vencer a Hitler. Uno de los países que el Soviet tiene ya entre ojos para ejercer en él su terrible venganza, es la España de Franco. Rusia no tendría empacho en desolar toda Europa con tal de poner sus manos sangrientas sobre España cristiana católica".

Curiosa e interesante de todo punto es, a propósito de pretendidas buscas de que la justicia esté sólo en uno de los lados actualmente beligerantes, la crónica o noticia que fué enviada al "New York Times" (y aquí no se trata de una publicación católica) por su corresponsal en Roma, Herbert L. Matthews, el 16 de Septiembre pasado. Crónica que publicaba dicho diario en su primera página al día siguiente, pues el envío había sido telefónico. Decía de este modo:

“Hoy ha dado Su Santidad a Myron C. Taylor, enviado personal del Presidente Roosevelt, ante la Santa Sede, la respuesta al mensaje que le enviara al Presidente; esta respuesta, según indicaciones de una bien informada autoridad Vaticana, parece haber sido un delicado “No”.

“Créese que el Presidente Roosevelt, entre otras cosas, pedía a Su Santidad el que declarase que “la guerra contra el Nazismo ERA UNA GUERRA JUSTA”. La respuesta del Papa referente a este punto está redactada en términos tales, que en manera alguna dé ocasión a juzgar que Su Santidad está en favor de los Nazis, ni en contra de la actitud Americana.

“Así, pues, toda la dificultad parece haber girado principalmente en torno a que el Papa no puede declararse, dadas las circunstancias, por ninguna de las partes contendientes, ni estar dispuesto a determinar si esta guerra es justa a la luz de la moral y de los principios cristianos.

“Esta información no procede ni de Mr. Taylor ni del Secretario de Estado de Su Santidad, Eminentísimo Cardenal Luigi Maglione.

“Entiéndese en los círculos Vaticanos que el punto saliente del mensaje del Presidente Roosevelt era el que el Papa declarase que “era justa la guerra contra Alemania”. Dícese que el Gobierno Americano prometía a Su Santidad que, en este caso, haría todo cuanto estuviera de su parte para que Rusia concediera libertad religiosa, una vez que terminara la guerra, si bien no podía prometer que la ello se aviniera el Gobierno Soviético.

“Júzgase que estos puntos constituían la parte principal del largo mensaje del Presidente Roosevelt al Papa, mensaje en el que se hacían referencias a la obra del Pontífice por la Paz, y en el que se exponía la alta estimación que el pueblo Americano profesa al Santo Padre.

“La respuesta de Su Santidad es todavía más extensa. En ella manifiesta el Sumo Pontífice sus sentimientos de afecto y cordialidad para con el Presidente y para con el pueblo Americano en general, a la vez que su gratitud para con el Presidente Roosevelt por su promesa de hacer cuanto estuviera de su parte, a fin de que el Gobierno de Moscú cambiara su política en la cuestión religiosa. Pero, como se me informó sinceramente, tales expresiones amistosas no tienen más objeto que el manifestar con ellas la firme, si bien evasiva determinación, de la Santa Sede, de sostenerse completamente neutral entre las naciones beligerantes.

“Tres puntos parecen predominar en la respuesta del Santo Padre. Estos son:

PRIMERO: Que considerando, en su sentido estricto, los principios básicos doctrinales teóricos acerca de una justa guerra, no existe “una tal guerra” y, por lo tanto, no puede el Vaticano ponerse de parte de ninguno de los pueblos beligerantes.

SEGUNDO: Que los Estados Unidos e Inglaterra tienen doctrinas, intereses y fines políticos propios, y que también el Vaticano tiene sus doctrinas, intereses y fines políticos propios.

TERCERO: Que las doctrinas, intereses y fines de las naciones beligerantes van paralelamente; y esto mismo de que vayan paralelamente significa que no pueden encontrarse.

“Según lo que este corresponsal ha podido averiguar, dícese en los círculos Vaticanos que el Presidente ha pedido demasiado y que el Papa fué puesto en una situación tal, que en modo alguno podía condescender en lo que se le pedía, teniendo en cuenta sus responsabilidades y la conducta que tanto el Papa como el Vaticano juzgan debe seguirse en las actuales circunstancias.

“Al no pronunciarse el Papa en favor de la idea de una “cruzada contra el Bolchevismo”, júzgase que ha ido en esto demasiado lejos aun cuando a ello le haya movido el deseo de permanecer estrictamente neutral en su actuación referente a cuestiones políticas... Estas fuentes de información indican que la actitud del Vaticano se halla sometida a graves y complicadas limitaciones, que no le permiten obrar en forma, que de alguna manera pueda aparecer que obra con preferencia a determinados principios nacionalistas.

“Presúmese aquí que ha terminado la misión de Mr. Taylor, el cual, juntamente con su esposa, irá a despedirse del Papa el día 19 por la mañana y retornarán a Estados Unidos por aeroplano...”.

El 20 de Septiembre decía una comunicación de la Internacional News Service, enviada desde Washington: ‘El que Mr. Taylor haya diferido su regreso a Estados Unidos con la esperada respuesta del Papa al mensaje del Presidente Roosevelt, ha dado ocasión a que se acrecentaran las especulaciones que durante toda la semana se han ido haciendo en los círculos diplomáticos en Washington acerca del carácter del mensaje de Mr. Roosevelt, enviado a Su Santidad por medio de su enviado personal’.

El párrafo anterior no es sino una de tantas informaciones periodísticas, pero encierra un interés indudable, entre líneas. Aquella decisión de intervenir en todo lo posible para que en Rusia no sea perseguida la religión, se contradice palpablemente con las informaciones repetidas muchas veces después, en los diarios, acerca de un fervor, de un entusiasmo religioso que tienen ahora en Rusia no sólo los pobres **mujicks**, sino hasta los jefes más conspicuos del Comunismo ateo. Pocas cosas se han escrito sobre este asunto tan oportunas como el editorial de la revista católica norteamericana “Sign”, de Abril de 1942, bajo el título de “Whitewashing the Kremlin”:

“Durante algún tiempo se consideró asunto de escaso gusto el juzgar a la Rusia Soviética. Ahora hemos llegado a un punto en el cual los que critican a los rojos, a su jefe, Stalin, son denunciados como quintacolumnistas, Quisling y traidores. Es tarea mucho más fácil eliminar la crítica adversa, que reemplazarla por laureles y alabanzas. No es tanto una conspiración de silencio como una conspiración de blanqueo y encalado. Libros, revistas, diarios, conferencias y radiomisiones, están diciéndole al pueblo americano que él ha sido víctima de un horrible chasco respecto al Paraíso Rojo. El “Peligro Rojo” y la “Amenaza bolchevique” no son en realidad, según nos andan diciendo, más que unas invenciones de Hitler y de sus quintacolumnistas. Las historias sobre juicios secretos, purgas de sangre, ejecuciones en masa, hambrunas forzadas, trabajos de esclavitud, la liquidación de los “kulaks” y el exterminio de religiosos y sacerdotes, son simples fabricaciones de la maquinaria de propaganda nazi.

“¿Esperan los promotores de estas ideas que el pueblo norteamericano lleve a cabo su propio hara-kiri intelectual, haciendo caso de tales desatinos? ¿O acaso piensan que los americanos están hundidos en un nivel moral tan bajo que ahora glorifiquen todo lo que han detestado, para asegurar un auxilio de un momento de necesidad? El hecho es (y no hay cal suficiente para blanquearlo), que el Comunismo es uno de los sistemas más brutales que ha sufrido en su historia la desdichada humanidad, y que su jefe, José Stalin, es el más sangriento homicida de los tiempos modernos. Es un hecho también, que Stalin está aliado con nosotros, a pesar de él y contra su voluntad. Su política original era la de promover la guerra que ahora estamos haciendo y esperar hasta que el mundo burgués se hallara debilitado, para echarse sobre él y matarlo.

“Stalin no está luchando contra Hitler por bien de nosotros. A Stalin le importa un bledo lo que pensemos de él o de su comunismo. Está luchando contra Hitler para salvar al Soviet (y de paso, su propio pellejo). Stalin mira al Nacional-Socialismo como un sistema de gobierno muy superior a la democracia. Sucedió que Hitler se echó sobre él como una fiera, cuando Stalin le estaba prodigando sus más dulces sonrisas. Y quieras que no, tuvo que luchar, o ver el fin de su régimen.

De la misma revista “Sign” (Mayo de 1942), traducimos los siguientes párrafos que aparecen rotulados “Nazis... in practice”.

“Como católicos, deploramos toda distinción racial, porque creemos como dogma que todas las razas son iguales delante de Dios. San Pablo determinó esta creencia católica cuando les dijo a los Gálatas: ‘No hay judíos ni griegos; no hay esclavos ni libres; no hay varones o hembras,

porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús". Nuestras tradicionales ideas democráticas americanas están en perfecto acuerdo con este dogma católico. En nuestra constitución ni en nuestros estatutos hay la menor insinuación de diferencias raciales.

"Sin embargo, en la práctica, actualmente, hay una gran cantidad de discriminación racial, en nuestra tierra. Nuestros 13.000.000 de negros son los que sufren más. Como nación, somos algo extremadamente inconsistente. Predicamos una doctrina de igualdad racial y nos horrorizamos con las teorías de los nazis, pero, a nuestro modo, practicamos esas teorías de un modo igualmente injusto, aunque quizás no tan irritante.

"Aun en tiempo de guerra, mientras los negros están ofreciéndose para derramar su sangre —y muchos negros lo han hecho ya— no se les da oportunidad igual a la de los blancos, para obtener una ocupación, un trabajo de defensa, ni para incorporarse a un grupo, si esto supone tener un trabajo determinado. El negro —sin que miren en él otra cosa que su color— se le niega todo adelanto o aumento en el salario. Ni siquiera en los puestos oficiales o del gobierno, ni en nuestro ejército o marina. Algunas leves concesiones se han hecho, pero son por completo insuficientes y dejan intacto el problema fundamental. Si los ideales por los que estamos luchando tienen alguna significación y no son meras palabras huecas, debemos ser consecuentes y practicar aquello que predicamos. La moral de cerca de un diez por ciento de los americanos sufrirá, si son llamados a luchar en lejanas tierras por unos derechos que a ellos no se les conceden en su propio país".

Para terminar con esta recopilación, vamos a reproducir un trozo del libro "The Great Republic", de Ross J. S. Hoffman (New York, Sheed and Ward). Se refiere a los problemas posteriores a una posible victoria de las naciones unidas. Entre el fárrago optimista que suelen tener hoy la mayoría de las publicaciones sobre este tema, brilla, por alta y de larga visión, ésta que abajo reproducimos. Dice así:

"No es el tiempo, y por cierto que tampoco el lugar, de formular ahora un programa concreto de reconstrucción. Hay una guerra que combatir hasta la victoria, antes de que los elementos del problema lleguen a aparecer. No podemos apreciar ahora qué materiales serán útiles en aquel entonces, en el preciso momento histórico, para levantar un edificio de paz. Si perdemos el debate en las armas, tendremos, naturalmente, muy poco o nada que decir en cuanto a determinar la nueva dirección de la Historia. Si ganamos, las naciones liberadas del continente europeo estarán exhaustas y débiles para hacer sentir con alguna fuerza su influencia en el trabajo de reconstruir al mundo. En cuyo caso, el Im-

perio Británico, la República Norteamericana y el Soviet (una especie de concierto mundial) tendrán en sus manos el poder decisivo. Si así sucediera, no hay certeza ninguna de que procedan y actúen con cordura y en acuerdo armónico. Glotonos apetitos de imperio se despertarán; falsas ideologías habrán de florecer. Rusia ha sido metida otra vez en el hecho crucial y no sabemos cómo va a salir de ello. Existirá una temible sombra rusa sobre el mundo, al final de esta guerra, como la hubo cuando la caída de Napoleón. Quizás Stalin quiera adelantarse como un nuevo Alejandro con una especie de nueva Santa Alianza concebida en el Kremlin; si esto acontece, podemos estar seguros de que el Occidente reaccionará en contra. Nadie puede prever qué extensión, si alguna, será la que se produzca entre el mundo Eupásico de la U. R. S. S. y la vida política y cultural de los pueblos occidentales de Europa y los Atlánticos. Nadie puede profetizar tampoco qué clase de principios políticos triunfarán en la Europa Central y en la Oriental, si el terror nazi es alejado de allá. ¿Revivirá Francia como una gran potencia y tendrá voz y voto en la victoria? ¿Sobrevivirá la monarquía italiana a la caída del régimen fascista, y podrá tener su justo y honorable puesto en el orden internacional? ¿Es el Reich algo que pueda cohesionarse en una derrota? ¿O será esta cohesión permitida por los Estados que hoy son enemigos del Reich? Sería vano y presuntuoso tratar de dar una plumada acerca de reorganización internacional, sin tener respuesta a tales preguntas. Lo único que hoy puede ser razonablemente contemplado es la formación de una alianza defensiva entre el Imperio Británico, las repúblicas americanas y los estados liberados de la Europa Occidental... La hora presente no está —por cierto— iluminada de optimismo. Han desaparecido estados históricos, y hay por doquiera una terrible ignorancia de los principios de una sociedad política. La insurrección pagana domina en gran parte de ese mundo de ley y de libertad, que un liberalismo antipristiano no supo defender. Y continúa dominando, y no sabemos si las barreras que aun se mantienen contra él, caerán también algún día. Aun menos podemos saber si la inteligencia, la moralidad y el valor serán lo bastante fuertes para hacer un contraataque victorioso y rescatar lo perdido. Pues no es cuestión solamente de vencer a los nazis en el campo de batalla, por duro que se presente este problema. Hay, al fin y al cabo, algo de nazis en todos nosotros, y eso debemos conquistarlo también, si deseamos ganar una verdadera victoria. Ciertamente es que muchos no se dan cuenta todavía de la magnitud y profundidad de la crisis; de otro modo, no estarían nuestros oídos tan hartos de oír palabras huecas acerca de la "democracia", cuando de lo que se trata es de preservar, para renovarla, la civilización cristiana de Occidente".

A propósito de ese **democratic chatter**, de que habla en sus últimas líneas el autor citado, no está de más saber el aprecio que tienen de tales libertades los soviéticos. Nosotros, que no podemos dejar de admirar la libertad (en su verdadero sentido) con que hablan los católicos norteamericanos en tan difíciles momentos, no podemos tampoco dejar de sonreír ante la ingenuidad liberal que aun cree en los cantos de sirena de la libre y democrática Unión Soviética. Una revista muy popular, bastante vana en muchos aspectos, demostradora en algunas de sus páginas de la vaciedad hollywoodiana que tanto daño ha hecho en la hora actual a ciertos países, y que en otras páginas brilla por sinceridad indiscutible, el "Collier's", ha publicado recientemente una crónica sobre Rusia, de Alice Leone Moats, que pasó una temporada hace pocos meses en dicho país. De esa Rusia sin el lápiz del censor que pinta el artículo del "Collier's" (25-VI-42) y de la opinión que los dirigentes soviéticos tienen de sus aliados, dicen mucho los siguientes pedazos de la información antedicha.

"Desde que volví de la Unión Soviética, me han preguntado ya más de mil veces: ¿Qué ideas se hacen los rusos de los americanos?, siendo la respuesta corta y sencilla: Los rusos no se hacen nada de ideas sobre los americanos. Esta definición algo sorprendente para muchos, desconcertará, sin duda, a todos aquellos quienes aun no han llegado a experimentar lo que es una prensa controlada, ignorando que los diarios y revistas soviéticas no son impresos para proporcionar noticias, sino únicamente para decir al pueblo lo que su Gobierno quiere que sepa, y aparentemente, el Gobierno ruso no abriga grandes deseos de tenerlo informado con respecto a lo que sucede fuera de sus fronteras...

"Ni siquiera el estallido de la guerra ruso-germana ha traído cambios: los rusos no perdieron ni un minuto en charlar sobre Inglaterra y los EE. UU. o hacer grandes referencias a "nuestros galantes aliados".

"Stalin mismo puso en claro la respectiva actitud oficial, cuando declaró en su discurso de Febrero último: "El Ejército Rojo no ha recibido hasta el momento apoyo alguno", no mencionando, además, ni con una sola palabra, que hubieran llegado abastecimientos y material bélico de Gran Bretaña o Norte-América. Litvinoff, en un pasaje de su discurso pronunciado durante una comida del "Overseas Press Club" (Club de la Prensa de Ultramar), siguió el ejemplo de su jefe de estado, insistiendo en que Gran Bretaña y América debieran invadir el continente, y observando asimismo que los soviéticos no son tan ambiciosos como

para no querer compartir con otros el honor de haber derrotado al nazismo.

Bajo estas circunstancias, no es sorprendente que los rusos se hagan muy pocas ideas sobre los americanos. Hubo un tiempo cuando eran grandes admiradores de nuestra capacidad industrial y de lo que ellos calificaban como "amerikanski tempo", pero desde que se han enterado de cuán insignificante ayuda material proporcionamos nosotros a su país, este tema les ha resultado indiferente. Lo único que queda de los tiempos antiguos: Se recuerdan más de nuestra existencia que de la de cualquier otra nación...

"Para poder apreciar aun mejor por qué esta falta de interés por América, uno debe recordarse siempre que las autoridades no ven con muy buenos ojos que el pueblo se mezcle con los extranjeros. Para tratar con los visitantes, hay un número de agencias: una administra hoteles (y los turistas no pueden alojarse en otros que no sean los designados por esa agencia) y organiza viajes. Otra atiende a asuntos tales como arrendar casas y departamentos, proveer servidumbre, médicos, etc., y una tercera se preocupa de las relaciones culturales internacionales. La Oficina de Prensa se encarga de los corresponsales, escribe a la policía para cuando se deban extender permisos para visitas, facilita cupones para gasolina y organiza igualmente viajes...

"Los extranjeros son tratados como seres completamente aparte — proporcionándoles siempre las mejores posibles acomodaciones y todos los alimentos que deseen. Unos pocos días después de nuestra llegada, fué abierto en Kuibyshev un almacén destinado exclusivamente para los diplomáticos y los corresponsales, donde nosotros pudimos comprar carne, salchichones, queso, huevos, pan blanco, confites, azúcar y champagne, pero siempre fué lo bastante humillante, cuando saliendo del almacén tambaleando bajo el peso de enormes paquetes, nos encontramos en la calle con rusos, quienes sólo excepcionalmente tienen los medios para adquirir tales delicadezas, y si tienen, deben pasar horas aguardando en largas colas, hasta que puedan ser atendidos...

"Un miembro de la Misión Harriman-Beaverbrook abordó con uno de los funcionarios el tema de dar una menor rigidez a la censura. La respuesta fué: "No habrá cambios. Uds., las democracias, dicen todo lo que saben... y fíjense a dónde han ido a parar..."

Particularmente significativo, frente al "boasting" armado por el Arzobispo y el Deán de Canterbury acerca de la U. R. S. S. en momentos en que esperaban mucho de ella, es este acápite del artículo:

“Las democracias se han dejado arrastrar por un verdadero paroxismo de júbilo ante la idea de que la guerra ha traído modificaciones en la actitud soviética frente a la religión. Yo sé lo que hay en el fondo de esta idea. Debe su origen a un corresponsal, que cablegrafió un relato contando cómo el Metropolitano Rojo —la autoridad eclesiástica más alta de Rusia— había rezado por la victoria durante un servicio religioso. Nosotros no habíamos ni reparado en este incidente —y menos todavía que era para enviar un telegrama.

La narración fué algo abultada y el Arzobispo de Canterbury, viendo en ella indicios de una completa revocación de la política anterior, se entusiasmó tanto, que mandó un cable a Stalin a cuidado de la Embajada Británica.

El personal de la Embajada, conociendo un poco mejor la situación que el distinguido prelado, no se molestó por entregar el cable, sosteniendo el punto de vista de que si el Arzobispo de Canterbury quisiera lucirse con tan poco conocimiento, muy bien, pero que lo haga por su propia cuenta.

Todos los que leyeron esta información, aparentemente no se fijaron en los dos puntos siguientes: 1) que siempre ha habido iglesias abiertas en la Unión Soviética, sólo algunas 25 en Moscú, suelen llenarse, pero casi exclusivamente, con personas de edad. 2) ¿Qué habría sucedido al Metropolitano Rojo en caso de haberse obstinado a no cooperar?

Aparte de eso, ningún ruso, ya sea que crea en Dios o en Lenin, desea a un invasor en su tierra”.

Tiempos de confusión son los que vivimos. Consuela ver, entre tanto farrago y desorientaciones, estos atisbos o iluminaciones de verdad. Por eso no vacilamos en transmitirlos a nuestros lectores, seguros de que han de recibirlos como un consuelo entre la polvareda cegadora que nos rodea, y como unos rescoldos de orientación, suficientes si la fe sopla en ellos, avivándolos; porque este soplo es el único que puede dar vida a los pareceres humanos, si ciframos en él nuestra confianza.

‘ ‘ EL CHILENO ’ ’

DIARIO POPULAR INDEPENDIENTE

Base ideológico-social: las normas pontificias.
Independiente de todo partido político.

Fiscalista. — Noticioso. — Servicio completo
extranjero.

OFICINAS: ROSAS 1281

‘ ‘ S O Q U I N A ’ ’

Cera para pisos: ‘ ‘ P R E S E R V O L ’ ’

Mata Moscas, etc.: ‘ ‘ I N S E C T O L ’ ’

Limpia metales: ‘ ‘ M E T A L O L ’ ’

Desinfectante: ‘ ‘ C R E S O F E N O L ’ ’

En almacenes, mercerías y en

A G U S T I N A S 1 1 2 1

A LA HORA DE ONCES

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

‘ ‘ LA NOVIA ’ ’

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

Ciencia y Pedagogía

“ORIENTACIONES PARA UNA PSICOPEDAGOGIA”, por el Doctor Manuel Francisco Beca.

Es necesario antes comprender al niño en toda su hondura para emprender una acertada acción pedagógica.

“EDUCACION, PUBERTAD Y GLANDULAS DE SECRECION INTERNA”, por el Doctor Arturo Droguett

“Un buen número de niñas y de niños, considerados normales, pueden corresponder, hacia la época de la pubertad a terrenos patológicos más o menos esbozados o latentes”.

ORIENTACIONES PARA UNA PSICOPEDAGOGIA

Para educar hay que comenzar por comprender lo que es un niño, y, a mi juicio, cuatro son las condiciones fundamentales de que se debe partir para estructurar una psicopedagogía.

Primeramente, no es el niño, como se le consideró en otros tiempos, un hombrecillo, una miniatura de hombre, un enano, imperfecto por la impotencia para alcanzar, pensar, sentir o realizar lo que el adulto. No se trata de simples diferencias de tamaño o de nivel mental. No se puede aplicar el mismo criterio con que se juzga al adulto, reducido a escala. Se trata de diferencias cualitativas: son fundamentalmente distintos, el hombre y el niño. Y el niño normal es perfecto, es un ser completo, y tanto como el hombre normal.

Este es el primer principio de educación: comprender al niño como a niño y no pretender tratarlo como a adulto. Toda la pedagogía de este siglo está llena de esta idea.

Aun más, se exagera esta noción hasta hacer del niño algo esencialmente diferente del adulto, se le trata a veces, por algunos psicólogos, como si no fuese un ser humano sino animal o a lo más, hombre primitivo y no una personalidad nacida en un ambiente de cultura y tradición. Es efectivo que hay sorprendentes semejanzas entre la conducta del niño y la del simio o el salvaje, según sean sus edades, lo que ha llevado a pensar que el desarrollo del psiquismo infantil repite en forma abreviada la evolución de la humanidad, del psiquismo colectivo. Se ha querido explicar al espíritu la llamada "ley biogenética fundamental" de Haeckel, pero es el caso que ni en lo orgánico es hoy defendible ese principio como una ley en la forma que pretendían los evolucionistas exagerados. Existe cierto paralelismo indudable; pero esto no significa que, ni en lo somático ni en lo mental, el desarrollo del niño desde su generación sea una copia exacta ni menos una repetición obligada de la evolución de las especies. La similitud entre ambos que es la base

de la psicología comparada y de la psicología genética es un criterio útil para mejor estudiar y comprender el desenvolvimiento de la mentalidad infantil; pero no se debe mirar al niño como a un simio o un hombre primitivo. El anormal y el primitivo no superan ese estado, no se transforman, no evolucionan hacia el perfeccionamiento humano. En cambio, el niño lleva en sí mismo una fuerza que lo impulsa a evolucionar hacia y hasta la madurez humana, de ser racional, inteligente, dotado de libre voluntad y con fines trascendentes, ultraterrenales.

Este es el segundo principio que hay que considerar al acercarse al niño, sea para estudiarlo, para educarlo o para corregir sus anormalidades psíquicas. Se trata de un hombre, esencial y sustancialmente hombre y diferente del animal; diferente aún del hombre primitivo porque su cultura, de cuna y de ambiente le imponen fines más elevados y medios más aptos para alcanzarlos. Desde el nacimiento tiende a esos fines y lleva en germen, en potencia, esos medios: inteligencia y voluntad humanas, específicamente humanas. Es un hombre que en potencia posee todas las perfecciones humanas. Es, insisto, sustancialmente distinto a lo pre-humano o extra-humano, y aún de lo pre-civilizado se distingue. Si la reacción de la psicología contra el concepto de que fuera el niño un hombre adulto en miniatura, un pequeño monstruo humano, llevó a la idea de que fuese distinto al hombre, y tal vez no más que un mono, preciso es apartarse de ambas tendencias, que, tanto una cosa como otra, hacen del niño un sub-hombre.

El niño es, pues, un ser humano, con las perfecciones inherentes, aunque estén aún en potencia.

Desarrollarlas, orientar la formación y crecimiento de estas dotes potenciales, tal es el fin de la educación. Y digo orientar, porque de suyo tiende el niño a evolucionar en sus funciones psíquicas, posee un extraordinario impulso a desarrollarse. Es como el árbolillo al que basta enderezar o apuntar para que crezca en buena forma. Aun más, si a éste hay que abonarlo muchas veces, el niño, por lo general, no necesita ser impulsado o presionado hacia una mayor actividad; basta con corregirlo y mostrarle el camino. Lo que sí necesitan, uno y otro, árbol y niño, es el riego que alimenta su savia y su espíritu;

en el infante, este es el ejemplo ambiente y en especial el de los padres, es el consejo cariñoso y adecuado y el clima espiritual propicio para la formación de su moral, es, por último, para nosotros los católicos, la lluvia de fuego del Espíritu Santo, que será tanto más abundante y fecunda cuanto más sepa atraerla y cuanto más sus padres y educadores le enseñen a buscarla.

Existe, por el contrario, una diferencia entre el niño y la planta, y es que ésta no mereció el castigo de llevar consigo un principio del mal que la desvíe y la frene en su línea de ascensión. El árbol crece derecho hacia el cielo, hasta que envejece y muere. El hombre, en cambio, lleva desde niño la tendencia del pecado original que lo aleja del cielo, que lo tuerce, que lo vuelve a la tierra. Sabe mejor que el árbol, —porque para eso le dió Dios inteligencia,— que su meta es también el Cielo; pero la fuerza de sus tendencias y de sus pasiones lo desvía en tal forma, que a menudo le impide hasta mirar hacia el cielo, lo ciega, o le clava la mirada en lo terrenal, en lo material, en lo tangible y fácil de poseer. El niño no es originariamente bueno, como el Emilio de Rousseau, y éste debe ser, a mi juicio, el tercer principio fundamental de la psicología educativa.

La escuela psicoanalítica de Freud habla, con razón, del principio del placer. El hombre busca, desde su primera infancia, el goce de lo inmediato: sensaciones placenteras, satisfacción de sus deseos corporales, sin sujeción a reglamento ni control de autoridades. Más adelante, se le enseña, se le amaestra y aprende hábitos, primero de limpieza, luego de control de sus impulsos agresivos y sexuales. Más tarde, no debe ser necesaria ya la intervención de la autoridad de sus padres y educadores, sino que el niño debe haber incorporado en su personalidad los principios del orden y orientación de las fuerzas instintivas. Existe ya un auto-control, una disciplina interior, cuyo principio es para nosotros la voluntad.

Luego, el arbolillo infantil posee, además de un principio de error, entorpecedor de su progreso intelectual, uno de auto-corrección, que le promete enderezarse a sí mismo, ir por el camino ascendente de línea recta, a pesar de las fuerzas que tienden a desviarlo y este debe ser el cuarto principio fundamental de una psicopedago-

gía que quiera ser completa, que aspire a comprender integralmente al niño: el reconocer que existe o se va formando en él una energía que le promete evitar el mal y lograr el bien, la voluntad.

En consecuencia y en síntesis, el niño no es ni cuantitativa ni cualitativamente igual al adulto, y es falso pretender considerarlo con el criterio con que se juzga a un adulto civilizado; no es tampoco en cambio, substancialmente diferente, puesto que lleva en potencia todas las perfecciones y los fines del hombre y va a desarrollarlas, y pensar en otra forma es también estimarlo inferior al hombre de la cultura actual o a la especie humana; en tercer lugar, no es originalmente bueno sino que posee desde su nacimiento una tendencia al mal y el no considerarlo así conduce a errores pedagógicos; como también, por último, el negar en él una libre voluntad capaz de redimirlo de esa condición y hacerlo progresar por el camino del bien.

Veamos ahora cuáles son los principales y más frecuentes errores que se siguen al olvidar o negar estos principios, y cuando así se falsea entonces la naturaleza del niño.

En primer lugar, considerar al infante como adulto es un error científico que ningún psicólogo podría cometer, pero que no es raro encontrar en el vulgo y aun en el educador. Casi no hay padre ni madre que no pretenda que el niño que es capaz de oír, de andar y de hablar no comprenda las órdenes y no sepa cumplirlas como un adulto; que no guarde silencio cuando a ellos les parece; que conserve el aseo de su cuerpo, de su ropa, etc. En lo moral, piden obediencia a menores de 3 años que están aún en su primera infancia, en que se podrá conseguir la formación de hábitos elementales, pero no obediencia que implique un acto voluntario. Más tarde, pero siempre antes de existir aun la auto-disciplina, la exigen de sus niños cuando sólo puede y debe exigirse orden y disciplina desde el exterior. En el orden estético, piden amor a la música o al paisaje a niños menores de 8 años, cuando rara vez hay sentido estético desarrollado por debajo de esa edad; llevan a la Iglesia a niños de 4 ó 5 años y desean, no sólo que obedezcan a una orden de silencio.

sino que comprendan el motivo; visten a los niños como adultos, etc., etc.

Por otra parte, el tomar al niño como un ser infrahumano, como un animalito, es un error casi tan frecuente como el anterior, y los mismos padres consideran a sus hijos, a menudo, por momentos como a grandes hombres y por momentos como a animalitos o pequeños salvajes. En este último queda comprendida el tomarlos por inocentes, faltos de toda malicia, hasta una edad avanzada. Creen los adultos que niños de 5, 6 y 8 años, son incapaces aun de comprender y enjuiciar un comentario sobre una amiga o una empleada y sólo se convencen cuando el pequeño refiere la crítica a la propia víctima; padres de cultura inferior creen poder desvestirse y hacer toda clase de actos íntimos o de alcoba delante de sus hijos sin que con eso los perjudiquen.

Si el error anterior no es científico sino vulgar, éste, de creer a los niños, pequeños salvajes o animales, existe también en la psicología, entre los que exajeran el criterio evolutivo o genético; pero creo que no es del caso hacer aquí la crítica de esa sobrevaloración de algo que sólo puede ser uno de tantos puntos de vista desde donde puede estudiarse el psiquismo infantil.

En cambio, tiene interés analizar otras consecuencias de la sub-estimación del grado de desarrollo de la potencialidad del niño, para el bien y para el mal. Está bien, por ejemplo, que se enseñe al infante de 2 a 3 años como quien amaestra a un animalito, con el castigo de la privación, y con la repetición de actos hasta crear el hábito; pero desde los 4 a 5 años, en que comienza a formarse una voluntad y una moral, al niño que se le debe amonestar y aconsejar con palabras; exigirle obediencia, pero también sellar pactos o promesas, a base de confianza, estimularlo con el premio, y hablarle al corazón como a un ser humano. No basta ni es eficaz el adiestramiento o domesticación; y sobre todo ya desde los 7 a 8 años es preciso que el niño comience a incorporarse la imagen ejemplar y el consejo de sus padres para que desde dentro de sí mismo en adelante le hablen, ya que no contará para siempre ni en cada momento con ellos; ya que, por otra parte, es capaz desde esa edad de formarse una auto-dis-

ciplina. Por lo demás, en general, se consigue más desde la primera infancia, con buenos modos y palabras, que con el castigo, excluyendo, desde luego, el castigo corporal, que jamás deberá aplicarse a un niño normal. La suggestionabilidad propia del niño, por una parte, el cariño de los padres, por otra parte, unido al prestigio de éstos permiten al educador sacar el provecho suficiente como para evitar, por lo común, el castigo violento, que tiene inconvenientes bien conocidos por los psicoanalistas.

Otra consecuencia de considerar en menos, de infraestimar al niño, es la de no permitirle iniciativas, como no se le permiten al animal domesticado. El niño es, por el contrario, capaz de tenerlas y mostrarlas, si se da margen a que se manifiesten; y es deber de la educación, no sólo permitir las sino desarrollarlas, guiándolas, naturalmente, en un sentido útil para el niño y para los demás. Este es el principio de la "escuela activa" y de su más pura expresión, el método de María Montessori. A la luz de sus enseñanzas resulta criminal, en sentido psicológico impedir o coartar esas iniciativas, por lo general, son, a lo más, molestas para la comodidad egoísta de padres y educadores.

Respecto al tercer principio fundamental que hemos establecido, a saber, el reconocimiento de un principio del mal, es preciso hacer notar cómo el psicoanálisis, elaborado por un ateo y anti-cristiano, ha venido a corroborar la antiquísima doctrina de la dualidad dramática de estos principios del bien y del mal, que ha defendido el cristianismo. Se trata para el psicoanálisis de una lucha entre tendencia e inhibiciones o represiones; para la psicología y pedagogía cristiana, entre pasión y carácter, entre móviles instintivo-afectivos y motivos intelecto-volitivos, entre lo que impulsa hacia el mal y lo que la inteligencia muestra como bien, posible de alcanzar por el esfuerzo de la voluntad. De esta manera Freud se colocó valientemente contra los principios positivistas o racionalistas de Rousseau y sus discípulos, para quienes sólo el ambiente es causa de que pueda torcerse el desarrollo del niño, original y naturalmente bueno. Desgraciadamente, en "la escuela nueva", o sea en ciertos sistemas pedagógicos modernos, persisten resabios de estos errores.

En el terreno práctico educativo, hay necesidad de reconocer en el niño esa tendencia o impulso malsano y enseñarle, andando el tiempo, a que él mismo lo reconozca, porque nada hay más peligroso que desconocer el peligro, sobre todo si el peligro se lleva en sí mismo y se tiende a creer que está fuera y que bastaría evitar las ocasiones. Esto significa en la vida moderna, cuidar las amistades y las entretenciones del niño, muy especialmente las lecturas y el cine, y desde una edad más temprana, buscar educadores sanos, morales, porque muchas veces viene la corrupción no del compañero sino del propio maestro, y en una edad más temprana aún de las criadas, en cuyas manos abandonan muchas madres a sus hijos, con un desconocimiento total del peligro.

Finalmente, el desconocimiento del cuarto principio, o sea de la voluntad, del libre albedrío, también es de consecuencias funestas. En efecto, no se concibe un buen educador convencido de un determinismo psicológico, o sea de que el niño está determinado por su constitución psico-somática y por influencias anteriores del ambiente, a una conducta pre-fijada. De ser así, no se podría corregir los defectos del niño ni guiar su desarrollo, a no ser por una medicación, por ejemplo, glandular, que bien sabemos los médicos que no da resultado, sino cuando hay enfermedad, es decir anormalidad por defecto en el funcionamiento de una u otra glándula; pero no sería posible influenciar jamás la evolución espiritual normal. Lo único que puede modificar la línea de conducta y el desarrollo del niño es la educación, vale decir la orientación de aptitudes, de tendencias, de iniciativas, primero mediante la creación de hábitos y la obediencia, y después estimulando la formación del auto-control, de la auto-disciplina, del orden interno. Todo esto no es compatible con una posición determinista que resulta siempre fatalista, al menos en el terreno moral.

En el orden práctico, el reconocimiento de una voluntad, que pueda contrarrestar los impulsos del mal y a la vez guiar y mover hacia el bien, obliga a enseñar al niño en el renunciamiento y el sacrificio, que es la escuela de la formación de la voluntad y de redención de las fuerzas impulsivas. Esto se consigue más por amor que por temor. El niño renuncia en honor al ca-

riño que tiene a sus padres y tanto más fácil o profundamente, cuando más acreedores se hagan a ese amor. Luego aprenderá, si el camino del renunciamiento ha sido abierto de esta manera, a hacerlo también por sus educadores y en seguida por sí mismo, y a la vez por la colectividad, por la Patria y por último, por Dios. Y así como el conocimiento del buen ejemplo de los padres y el amor a ellos le enseña y lo mueve a la renuncia de placeres infantiles, así también sólo el conocimiento de Cristo y el amor a Cristo puede conducirlo a la oblatividad total de su persona a Dios, poniéndose en manos de Aquél que encarnó el principio de la redención del pecado original. Este me parece ser el fin último y trascendente de una educación verdadera, humana, espiritual.

YRARRAZAVAL, RODRIGUEZ Y CIA. LTDA.

BOLSA DE COMERCIO

CORRESPONSALES EN EL EXTRANJERO

**T. E. RODRIGUEZ B.
J. A. BARDELLI A.**

**B. YRARRAZAVAL R.
S. YRARRAZAVAL L.**

**Cables: YRAVI — Casilla 8003 — Teléfonos: 60106, 69107,
68695 y 84161.**

EDUCACION, PUBERTAD Y GLANDULAS DE SECRECION INTERNA (*)

Los términos del problema que me propongo abordar en esta conferencia no son fáciles de establecer, pues se trata de un asunto de suyo complicado y en el que interfieren numerosos factores.

Sin embargo, en homenaje a la claridad, podría, en primera aproximación, resumirse de la siguiente manera el objeto que me propongo: trataré de demostrar que un buen número de niñas y de niños, considerados normales, pueden corresponder, hacia la época de la pubertad, a terrenos patológicos —enfermedad— más o menos esbozados o latentes, sin que ni el ambiente familiar ni el ambiente pedagógico se den cabal cuenta de ello.

Son necesarias algunas definiciones previas:

Ante todo, ¿qué es la pubertad? La edad puberal la relacionamos todos los profanos con la edad de los 15 años. Ninguna edad del hombre ha sido objeto de tantos estudios y observaciones. Artistas, literatos, biólogos, médicos, pedagogos y filósofos se han ocupado de ella; y sin duda esto ha acontecido porque, inconscientemente, todos se percatan de que se trata de una de las fases más curiosas de la vida humana: fase de pasaje, vale decir, de debilidad, fase fronteriza entre niñez y adolescencia; fase, por tanto, fácilmente influenciada por las variadas estimulaciones externas e internas.

Desde el punto de vista biológico, la pubertad se caracteriza por la aparición de la aptitud sexual a la procreación. Es imposible precisar una fecha de aparición de la pubertad, puesto que más bien corresponde a una época, de dos, tres o más años de duración. En Chile se produce, en la mujer, entre los 12 y 13 años; y en el hombre, entre los 14 y 15.

La pubertad está señalada por transformaciones, tanto en el orden morfológico como en el orden

(*) Resumen de una conferencia dictada por el Dr. A. Droguett.

psicológico. Las primeras son de todos conocidas, Las segundas se manifiestan a través de una verdadera crisis psíquica puberal normal, cuyos principales elementos son la exaltación del yo, los desequilibrios afectivos y del carácter, la tendencia a la agresividad en el hombre y al sentimentalismo en la mujer.

Hay necesidad, en seguida, de tener presente la noción de *individualidad*. Todos los hombres somos distintos, y cada sujeto es una unidad, un todo continuo, independiente, hasta cierto punto, de los demás seres.

Si penetramos, por ejemplo, a un curso de 3.º o 4.º año de humanidades, veremos que existe una inmensa gama de variedades individuales. Los hay rubios y morenos, altos y bajos, flacos y gordos, musculosos y débiles, pero los hay también, inteligentes y torpes, tímidos y audaces, amistosos y retraídos, tristes y alegres, así como algunos serán aficionados a la historia y otros a las matemáticas, y aun otros simplemente a la gimnasia.

Pues bien, *cada uno de estos tipos humanos debería ser tratado, pedagógicamente, de una manera distinta.*

La ciencia que se ocupa del estudio de los diversos tipos humanos es la Biotipología, y ella ha llegado a establecer que cada tipo humano tiene características propias, tanto somáticas (morfológicas), como psicológicas.

En la construcción del tipo individual (fenotipo o biotipo) intervienen dos grandes factores o, mejor, dos grandes grupos de factores fundamentales:

1. El plan arquitectónico de la especie o herencia (idiotipo o genotipo); y
2. El medio ambiente (para tipo).

El primero es de gran fijeza y tenacidad, y modela el tipo individual siguiendo las leyes de la herencia, de acuerdo con los caracteres de la raza, del grupo étnico y de la familia, a través de los progenitores inmediatos (García Rodríguez).

El segundo determina en los individuos los caracteres llamados adquiridos. Es especialmente en él donde la Pedagogía puede desempeñar un gran papel.

De la cooperación del idiotipo y del paratipo resulta, pues, el fenotipo o biotipo, la individualidad humana.

Ambos factores encuentran en el niño púber una materia adecuada para hacer sentir sus influencias.

Se da el nombre de constitución orgánica a la arquitectura morfológica y psíquica de cada individuo.

La constitución ha sido objeto de muchísimas clasificaciones. Entre ellas las principales son las siguientes:

a) Normotipo, caracterizado por la regularidad y medida de su ser moral y físico;

b) Longilíneo, en el que predominan las dimensiones verticales y su carácter es emotivo;

c) Brevilíneo, en el que predominan los diámetros horizontales, y su carácter es combativo, de lucha.

Clasificación de Sigaud y Chailloud:

Este autor divide a los seres en cinco tipos:

Tipo cerebral;

Tipo respiratorio;

Tipo digestivo;

Tipo muscular; y

Tipos mixtos.

Clasificación de Kretschmer:

a) Tipo leptosoma: es el sujeto astético, desgarrado y, por lo general, triste.

b) Tipo atlético: fuerte, muscular.

c) Tipo pícnico: obeso, alegre, buen vividor.

Particularizando más el problema, existe el hecho de que en la determinación del tipo constitucional tienen una influencia decisiva las glándulas de secreción interna.

Estas glándulas, que son múltiples y están distribuidas en todo el organismo, se caracterizan porque el producto de su función secretora se vacía directamente en el torrente sanguíneo.

¿Cómo influyen ellas sobre la constitución?

Desde luego, las gónadas o glándulas sexuales determinan específicamente el sexo. Por otra parte, existen glándulas sexuales extragonadales, es decir, glándulas que sin ser ni el testículo ni el ovario, contribuyen a orientar el sexo. Ellas son, principalmente, la glándula tiroides, las cápsulas suprarrenales y la hipófisis.

La tiroides es glándula esencialmente feminizante; y las suprarrenales son masculinizantes. Una mujer con exceso de suprarrenales tendrá, pues, caracteres viriles; y un hombre con exceso de tiroides tendrá, en cambio, caracteres femeninos. Se trata, por cierto, de caracteres sexuales secundarios.

Veamos en detalle los trastornos que producen las alteraciones de algunas de estas glándulas.

Ante todo, la tiroides.

Un déficit grave de tiroides produce un cuadro clínico que todos los médicos conocemos bien y que es el mixedema, el cual, cuando es congénito, produce niños imbéciles.

Pero entre este estado extremo y lo normal existen infinitas posibilidades intermedias, de las que, aquéllas que están más vecinas a lo normal, pueden pasar inadvertidas.

Es así como un defecto tiroideo leve produce niños perezosos, con inercia afectiva, con falta de reacción a los estímulos y con torpeza de comprensión.

Al revés, un exceso funcional tiroideo grave da el cuadro clínico de la enfermedad de Basedow. Pero un exceso menos acentuado ocasiona lo siguiente: inteligencia adelantada; gran viveza de las reacciones mentales; inestabilidad psíquica; rapidez del pensamiento, y gran afectividad.

Las mismas consideraciones pueden hacerse a propósito de las suprarrenales.

Un defecto acentuado de estas cápsulas produce la enfermedad de Addison. Un defecto discreto hace que los niños, como dice Marañón, traten de evitar los esfuerzos físicos, estén siempre echados, y sean interpretados ordinariamente como flojos.

Del mismo modo, un exceso suprarrenal ligero se manifiesta por apetito voraz, musculatura prematuramente desarrollada, robustez, carácter enérgico e inquietud permanente.

Si se recorren todas las glándulas de secreción interna se puede observar en cada una hechos semejantes.

Es por eso que los educadores han de poner gran cuidado en los métodos pedagógicos usados con estos niños y no interpretarlos, ligera y sencillamente, como perezosos, díscolos, rebeldes, etc.

Lo dicho no significa, ciertamente, que las glándulas constituyan una panacea que lo expliquen todo, pues hay muchos casos en que son otros los factores que entran en juego en la determinación de la conducta y del modo de ser de los niños de este tipo.

**SOCIEDAD INDUSTRIAL DE
COLORANTES S. A.**

FRANKLIN 741 — CASILLA 2917

Fabrica toda clase de anilinas

El mejor tónico cerebral

“FITOSAN”

del INSTITUTO SANITAS

**A base de fósforos, calcio
y magnesio.**

Letras y Arte

“LA NIEVE”, por Luis Oyarzún.

“He observado mil veces la vida de la nieve y he visto sus cambios y la profundidad de sus mantos...”

EL PAISAJE DE LAS LETRAS

“Las llaves del reino”, por A. J. Cronin.

“Antología”, por Gabriela Mistral.

LA NIEVE

En las altas planicies parece dormir su bella muerte y, sin embargo, el ojo sorprendido nota de pronto su agitación, su vuelo, mientras en lo alto rige el azul ennoblecido por la pureza de la fría quietud.

La nieve se rompe en sus cristales y baja medrosa, y a veces se alza, se humilla y se incorpora, de regreso al estanque immaculado de la altura. Más, para la mirada inconstante o lejama, la nieve sólo contempla, sin movimiento, aletargada por su condición sin mancha, tendida para lucir su unidad maravillosa.

Serena la creemos y serena es la nieve en verdad, pero no os engaños, pues su virtud tranquila no manifiesta a la muerte. Ordenado es su ímpetu y armónico su esfuerzo, y melodiosa canta al hervir y al empinarse vaporosa, hasta los mismos cielos.

He observado mil veces la vida de la nieve y he visto sus cambios, la profundidad de sus mantos que, perforados, son hacia el fondo azules y brillantes; la dimensión de sus corpúsculos que separadamente resplandecen, reflejando cada uno el universo entero inflamado por el sol de invierno que, autoritariamente, solo gobierna en los espacios. He oído muchas veces la conjunción, la batalla purísima de la nieve y el cielo, y he sentido el roce de la lisa superficie sobre mi piel, así como el de la nieve recién caída.

La he tocado cuando es esquiva y repele a los que pasan por su mágica mesa, y la he tocado también en el bello día inmóvil, cuando, como si pensara y se contemplara a sí misma con deleite, descansa como una rosa extasiada ante su estirpe. Furiosa es a veces cuando la altura la envía sobre los bosques animados por la conversación universal de las cosas, y sobre las rocas de combativo desconsuelo. La he visto caer sobre las ramas más altas de los pinos que remecía el viento, y la he visto caer en seguida sobre el musgo, transfigurada, con suavidad de amante.

He visto cómo habla a las montañas y golpea al relieve nocturno y se exaspera y bulle, y amenaza la

tímida caverna en que el hombre solitario adora al fuego. He escuchado también su voz halagadora al insinuarse apenas: estalla como la risa de un niño en las hojas suspendidas y se corresponde con los átomos, de nieve también, que en las duras hojas de los abetos entregan su contribución a la noble música del día.

Con varia condición llega la nieve a la tierra, pero su suerte es prolongada y de mil rostros: combate cantando en la noche dura y en la mañana sombría y en el mediodía nocturno, y triunfa en los ámbitos de la floresta, y encanta el sueño a veces, caprichosa. Duerme después y goza de su permanencia intacta, y los insectos que viven sólo unos días la veneran con el respeto debido a la eternidad, pero por dentro ella aspira los hábitos del destino, y desespera y llora y quiebra sus límites u formas, y agoniza y baja, cantando otra vez, entre las angostas estrías de las rocas, y baja el laberinto de la tierra, y asciende por último al baile maravilloso e iragotable de los cielos, a la única eternidad, la de los soplos incesantes.

Luis Oyarzún

EL PAISAJE DE LAS LETRAS.

"LAS LLAVES DEL REINO", por A. J. Cronin. Club del Libro A. L. A., Buenos Aires, 1942.

Estamos frente a una de esas raras obras de ritmo apasionado, llenas de preguntas que son nuestras eternas preguntas sin respuesta. Vamos viviendo al lado de atormentadas existencias a veces próximas, a veces distanciadas de las nuestras. Pero unas y otras nos levantan velos que quisiéramos a toda costa dejar extendidos.

Y este ritmo surge inevitable de las almas mismas que Cronin nos descubre. Son almas religiosas, cristianas que viven o quieren vivir el contenido substancial de esa vida profunda y esto significa que toman la fe no como un fenómeno sentimental, sino como una realidad totalizadora, como una fuerza efectiva sobre el mundo del pecado. ¿Habría tema más urgente, más conmovedor para el cristiano y en especial, para el católico? Pero lo que está en cuestión en Cronin, y esto señala la trascendencia de su obra, es el órgano céntrico de

la vida religiosa, el sacerdocio con su jerarquía de prelados, párrocos y misioneros. La trama se desarrolla en lo más íntimo de la vida eclesiástica: seminario, parroquia, curias episcopales y en el coloquio diario de sus habitantes. Debemos agradecerle a Cronin que su historia no sea el cándido panegírico acostumbrado de ministerios sagrados, sino una visión de tranquila seriedad y de inexorable ironía sobre las miserias inmensamente tristes de ese mundo.

Hay una figura central, Francisco Chisholm, sacerdote y después misionero, cuya acción se mueve en un ambiente de hostilidad dolorosa e incompresiva. Antipatía o menosprecio: he aquí lo que surge a su alrededor entre sus compañeros y maestros de seminario y después entre sus colegas en el ministerio parroquial. Sienten en él sólo un rival o un enemigo silencioso. Algunas almas extrañamente situadas lo comprenden, aprecian su corazón generoso: un médico ateo, modestos hombres de trabajo, su rector de Seminario. Es admirable el vigor con que Cronin nos describe la terrible atmósfera impenetrable que produce el orgullo y la vanidad sagrada, y que tan rápidamente halla satisfacción en sus insignificantes éxitos, ¡que espantosa ilusión puede nacer en el alma sacerdotal al sólo contacto con las cosas santas; cuando insensiblemente se apropia y se viste esas cosas por de fuera, y olvida su abismal desproporción frente a las realidades que maneja! Anselmo Mealey, el P. Tarrant, Fitzgerald nos dejan esa nítida impresión, y el realismo agudo de Cronin nos hace asistir al éxito ruidoso de esas caricaturas, frente a las derrotas sucesivas de Francisco en su peregrinación dolorosa.

Por de pronto no es Francisco una especie de santo preparado desde la cuna, un asceta precoz o un iluminado. Su vocación nace sólo de un golpe, que es el llamado implacable de Dios. Tiene un corazón sensible, he aquí lo que escribe antes de decidirse: "En suma, ¿por qué no me hago sacerdote? Bien... debo ser honrado. Creo que es a causa de Nora. La belleza y la ternura del sentimiento que me inspira colman mi corazón" (pág. 72).

Es por tanto y seguirá siendo un alma de sinceridad obstinada, deseosa de vivir su fe y no de adornarse y prestigiarse con ella. Este mismo deseo es el que le hace extrañamente sensible al mundo de artificios y posturas y hábitos mentirosos que prosperan en sus compañeros y substituyen la fe pura y simple en el amor del Padre. Esto comienza desde su infancia: "Cuando Anselmo declaró ardientemente en la clase de Doctrina cristiana: yo amo y adoro a Nuestro Salvador desde el fondo de mi corazón". Francisco jugueteando con las bolitas que llevaba en el bolsillo enrojeció hasta la raíz de los cabellos, volvió de la escuela a su casa malhumorado y rompió un vidrio" (pág. 26). Más tarde su obispo Mac-Nabb, reconoce este carácter y le dice: "Sobre todo, mi querido mu-

chacho, posees lo más hermoso que hay en ti: el carecer de esa seguridad presuntuosa que nace del dogma más bien que de la fe" (pág. 162).

Pero tal vez la lección más honda de esta obra reside en que Cronin ha intuído una de las formas extremas y de las más peligrosas de esa mentira que podríamos calificar sagrada: la tentativa de santificar el pecado cuando puede servir a las conquistas humanas de la Iglesia y que en el fondo sólo sirven a la injusticia que se disimula en toda soberbia. Pocas escenas aparecen tan densas como aquella en que Francisco debe dominar el conflicto de las monjas de su Misión a causa de la guerra. Cada una se apoya en la voz de la Iglesia a través de sendos documentos. Francisco se exalta y responde: "Oh, si en lugar de predicar el odio, de instigar, gritara en todos los países por las lenguas de su pontífice y todos sus sacerdotes: Tirad las armas. No matarás, os ordenamos no luchar...! Sí, habría persecuciones y muchas ejecuciones. Pero serían martirios y no crímenes" (pág. 285). Clara y urgente palabra que debería ser repetida a la Europa en sangre, y a los que incitan a la muerte en nombre del Padre de los cielos.

Creemos sin embargo que la obra de Cronin no da a veces la nota justa. Hay equívocos que es necesario disipar. Y antes que nada, la Iglesia en masa parece acusada de este compromiso con el pecado. Sabemos empero que no es ella sino muchos y muchos de sus miembros cegados y enfiados. Otro equívoco surge de esa apelación a la tolerancia como equivalente de la caridad. A veces se nos ocurre que Chisholm ama a los hombres por un mero sentimiento de simpatía humana y que no necesita apegar su amor en el de Cristo por el hombre caído, es decir, en la fe a veces terriblemente dolorosa, en el sacrificio del Hijo. No es de esto ciertamente el fondo de Francisco, pero se desearía un afirmación más pronunciada y segura.

Todo esto, empero, no puede anular el valor substancial de esta novela admirable, joya de la literatura inglesa de nuestro días, que nos dice magníficamente algo que no debemos olvidar: este misterio siempre terrible y siempre viviente de la sal de la tierra que se hace insípida y de nada sirve.

R. G.

ANTOLOGÍA, por Gabriela Mistral. — Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1942.

Gabriela Mistral nos ha entregado en esta Antología sus mejores poemas. Digo sus mejores poemas porque es la recopilación que refleja con toda pureza el maternal y femenino espíritu poético de Gabriela Mistral. Recopilados de sus obras

“Desolación”, “Ternura” y “Tala” nos dejan penetrar clara y nítidamente en ese ancho mundo, como una concha pronta a recibir agua, de Gabriela recorriendo las Américas en busca de su unidad y penetrando en sus cosas como la madre de la ceiba, la madre de la quebrada seca, la madre de los niños pequeños y de los soñolientos. Como una madre ama Gabriela Mistral a América, como una mujer. Su corazón dolorido, alegre y manso penetra en la raíz de las cosas como si fueran de ella, como si se acercara, las tomara en brazos y las arrullara y nada más. Es esta Antología como el hogar de una mujer hacendosa, en que hasta el más ínfimo rincón refleja todo el espíritu de su ama, porque es la obra de su ama. Así, penetramos en esta obra sintiendo ese suave calor de hijos al llegar a su casa después de largo recorrido.

La obra comienza con un poema “épico” a América, “Sol de los Incas, sol de los Mayas”, “Volcán Osorno, David que te rodean a ti mismo” para luego mostrarnos su corazón en “todas íbamos a ser reinas de cuatro reinos sobre el mar” y cantarnos una canción

Boca temblorosa,
boca de canción:
boca, la de Teócrito
y de Salomón.

No sin razón, después de mostrarnos algo así como su posición ante las cosas de su rededor, posición exclusivamente femenina y por lo tanto absoluta, nos canta su íntima penetración consigo misma, con su dolor de mujer maravillada “en esta hora amarga como un sorbo de mares, tú, sostenme, Señor”. Luego nos canta la otra luz de su pecho y aparecen a nuestros ojos sus “Canciones de cuna”.

Velloncito de mi carne
que en mi entraña yo teji.
velloncito friolento,
¡duérmete apegado a mi!

Desde aquí hasta el final de la obra no habrá sino que un sólo ritmo amoroso y alegre dedicado a los niños, sus cantos, sus danzas y sus preguntas. Es como su propia afirmación, el resumen de lo anterior para entregarlo en simples corros de niños juguetones.

Gabriela Mistral en esta Antología se nos entrega toda, y obtenemos la visión de una mujer grande como una copa de miel, recorriendo los valles, los árboles y las poblaciones de nuestra amada América.

EN EL MANEJO DE NEGOCIOS O EN LA ADMINISTRACION DE BIENES SIGNIFICA UN APORTE VALIOSO SERVIRSE DE UNA EXPERIMENTADA Y EFICIENTE ORGANIZACION

NOS ENCARGAMOS PRINCIPALMENTE DE:

Cumplir órdenes de compra-venta de valores mobiliarios.

Atender al registro de accionistas de sociedades anónimas.

Pagar dividendos sobre acciones o debentures.

Tramitar la compra o venta de bienes inmuebles y efectuar remates de propiedades.

Urbanizar y lotear terrenos.

Controlar o dirigir la formación de sectores urbanos o barrios residenciales.

Atender a los señores CORREDORES DE PROPIEDADES en nuestro carácter de liquidadores de negocios de compra y venta ya formalizados, para los efectos de servir de depositarios del precio de compra y destinarlo a la cancelación de los gravámenes del inmueble.

Servir de depositarios en la formación de comunidades que tengan por objeto la construcción de edificios para venta de pisos y departamentos.

Administrar edificios de departamentos y en general propiedades de renta.

Administrar los inmuebles a que se refiere la Ley 6071 que dispone que los pisos o departamentos de un edificio pueden pertenecer a distintos propietarios.

Fiscalizar el cobro o la inversión de rentas de arrendamiento de propiedades, cuya administración está confiada a tercera persona.

Tramitar conversiones de deudas hipotecarias y otras operaciones de la misma índole.

Atender solicitudes de préstamos a largo plazo, en bonos, sobre predios urbanos o agrícolas, como representantes del Banco Hipotecario-Valparaíso.

Desempeñar los cargos de albacea con o sin tenencia de bienes, depositario o secuestre, liquidador de sociedades civiles anónimas y comerciales o de cualquiera clase de negocios. Síndico o delegado de síndico en juicios de quiebra. Guardador testamentario general, conjunto, curador adjunto, curador especial y curador de bienes.

De acuerdo con disposiciones especiales de la Ley, podemos administrar los bienes que se hayan donado o dejado a título de herencia o legado a capaces o incapaces, pudiendo sujetarse a esta forma de administración los bienes que constituyen la legítima rigurosa durante la incapacidad del legitimario.

Disponemos permanentemente para la venta, de sitios en los mejores sectores residenciales de Santiago.

SOLICITE INFORMACIONES Y FOLLETOS EXPLICATIVOS

DEPARTAMENTO DE COMISIONES DE

Banco de Chile

CONFIANZA

Segundo Piso

Imprenta "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

Precio: \$ 5.00

